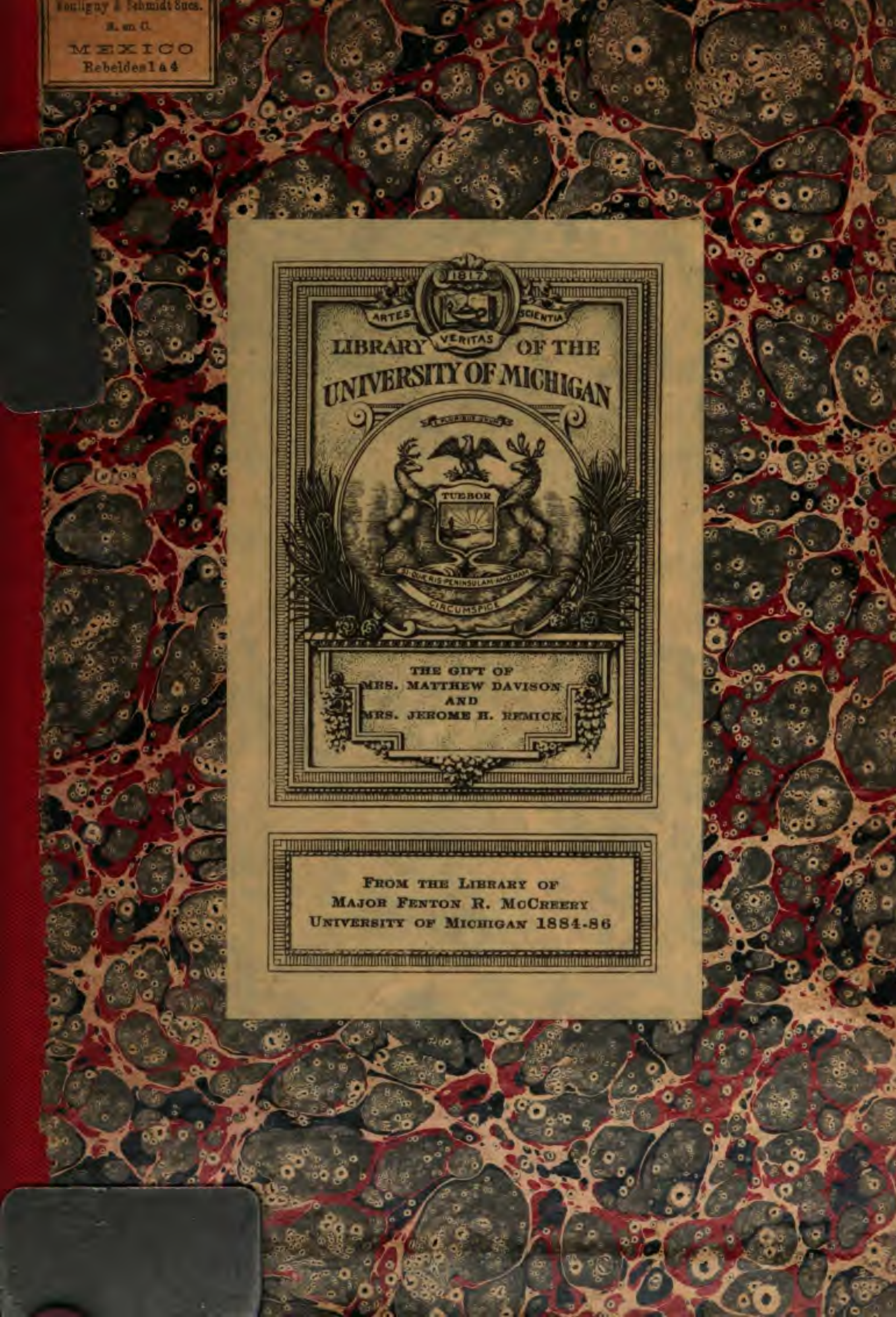


Bouligny & Schmidt Sucs.
S. en C.
MEXICO
Rebeldes 1 a 4
1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
MRS. MATTHEW DAVISON
AND
MRS. JEROME H. REMICK
FROM THE LIBRARY OF
MAJOR FENTON R. MCCREERY
UNIVERSITY OF MICHIGAN 1884-86



EVANGELINA

POEMA

DE

HENRY W. LONGFELLOW

TRADUCIDO
EN VERSO CASTELLANO
POR

JOAQUIN D. CASASUS.

CON UN PRÓLOGO

DE

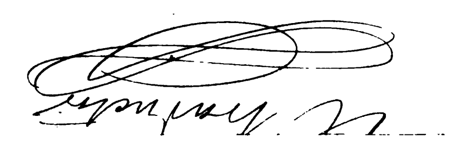
IGNACIO M. ALTAMIRANO.

SEGUNDA EDICION.

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
Hospital Real número 3

1901





TIRADA DE ESTA EDICION:

400 ejemplares, numerados, en papel State Record.
100 „ „ „ del Japón.

Ejemplar número 8

Al Sr. Fenton Mac Creery.
Testimonio de afecto
[illegible]

A mi hija

Evangelina.

PREFACIO

El deseo de rendir público homenaje de admiración al poeta Henry W. Longfellow, con ocasión de la velada literaria que, en honor de todos los poetas Norte-Americanos, prepara la Delegación de México á la Conferencia Pan-Americana, ha sido móvil bastante para decidirme á reimprimir el Poema "Evangelina" que traduje en el Otoño del año de 1884.

Mucho he vacilado, antes de poner manos á la obra, que dos distintos proyectos solicitaban igualmente mi opinión: ó corregir los yerros más salientes de la antigua traducción, á fin de conservarle, con todo y sus defectos, lo que de juvenil y de espontáneo pudiera tener, ó llevar á término una nueva, más fiel, más correcta y atildada, y por ende más digna de ser dada á la estampa.

Quizá esto último hubiera sido lo mejor; pero hubiera exigido de mi parte consagrar á este trabajo un tiempo de que no puedo disponer, ó verme

en la necesidad de suspender alguna otra labor literaria de mayor importancia, no concluida todavía.

Opté por el primer extremo, y con tal motivo reimprimo ahora la traducción que leí hace diez y siete años en las reuniones que celebraba el Liceo "Hidalgo," presididas entonces por nuestro inolvidable maestro Altamirano.

He hecho á la traducción innumerables correcciones, aunque no tantas cuantas serían menester; pero casi todas ellas tienen por objeto interpretar más fielmente al poeta, muy á menudo traicionado y no siempre bien comprendido por mi inexperiencia juvenil.

Aquellos que conozcan el original inglés, echarán de menos en mi tradución la severa sobriedad que caracteriza el estilo de Longfellow y lamentarán que se haya evaporado en mis manos aquel suave perfume de selvas vírgenes y de flores nuevas que se exhala del Poema.

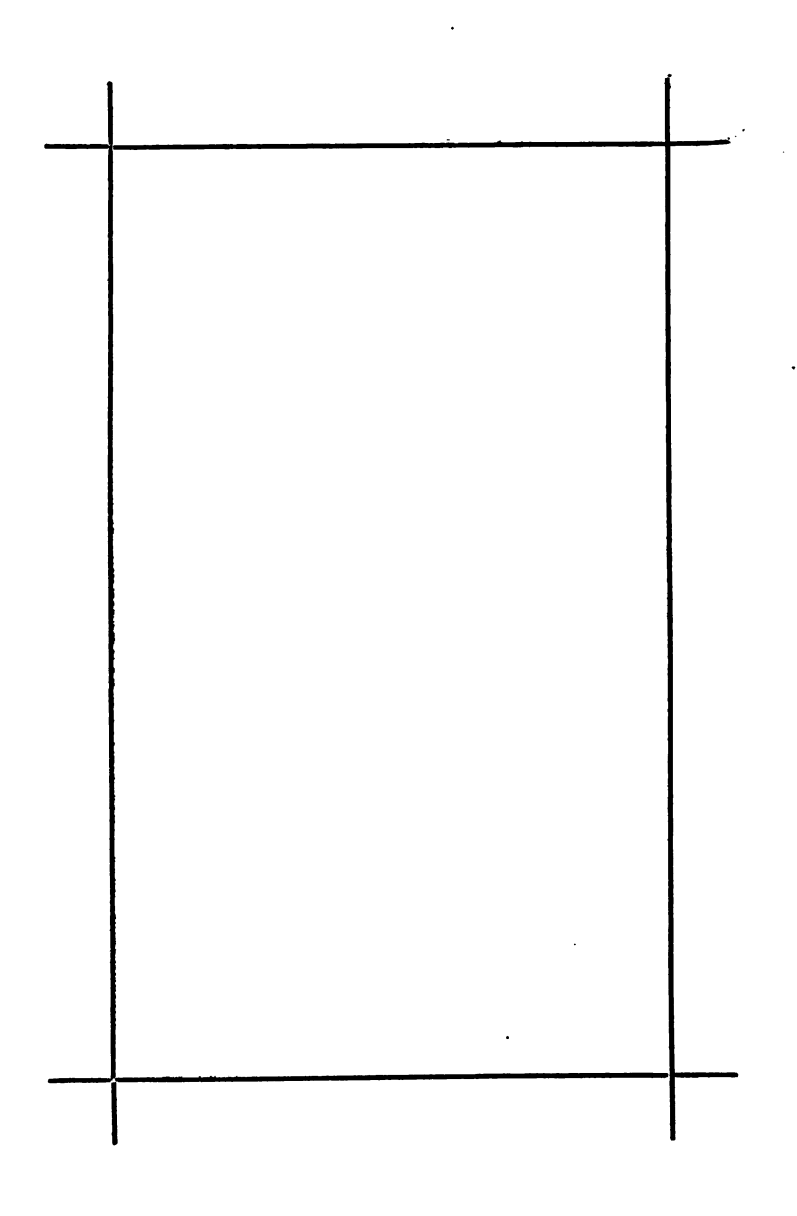
Válgame gracia en cambio mi deseo de hacer conocer á nuestro público una de la obras maestras de la literatura Norte-Americana que, no por ignorada entre nosotros, ha dejado de florecer en aquella República modelo, al par que su comercio, su industria y su agricultura.

Publico con mi traducción el Prólogo que para la primera edición escribió el maestro Altami-

rano en 1885, que no por haber llegado más tarde á formar parte de su familia, tengo derecho de privar al lector de lo que justamente debe conceptuarse lo mejor del libro. Prescindiendo de los elogios que consagra á quien entonces no era más que su discípulo y su amigo, hijos del acendrado cariño que le profesó siempre, habrá de leerse, sin duda, con delectación un estudio que, como todos los suyos, da muestra de su profunda erudición literaria.

México, Octubre de 1901.

Joaquín D. Casasus.



PRÓLOGO

URANTE mucho tiempo, casi desde la Independencia, la juventud mexicana ha tenido constantemente los ojos fijos en el movimiento literario que se ha verificado en Francia y en España, y como era natural, comenzando por prestarle una atención exclusiva, acabó por imitarlo, produciendo obras que no eran sino el reflejo de los modelos que tenía á la vista.

De aquí ha resultado que nuestra literatura, con pocas excepciones, ha sido, como nuestras Bellas Artes, imitativa, y basta tener un conocimiento somero de ella para comprenderlo en el instante.

Si algunos críticos mexicanos y extranjeros, al estudiar las obras de nuestros poetas anteriores á 1861, han podido descubrir los caracteres que distinguían á las escuelas llamadas clásica, romántica ó ecléctica, que se disputaban el dominio literario en la Europa latina, es que efectiva-

mente esa tendencia está marcada en tales obras sin disimulo, sin modificación, á veces con esfuerzo tan ostensible, que no dejaba ni el menor rastro de un carácter propio y original.

Porque aquellos poetas y literatos se empeñaban en seguir fielmente las huellas de los corifeos, á quienes admiraban, con el apego servil de un sectario religioso, que considera como herejía el apartarse un ápice de la idea, del lenguaje y aun del continente del jefe de su religión. Y desconociendo el medio en que vivían, menospreciando los ricos tesoros que les brindaba el suelo virgen en que acababa de surgir su nueva Patria, con todos los atavíos de la juventud, de la belleza y de la gracia; con todos los encantos de lo desconocido y de lo inesperado; con su sorprendente historia antigua, desnaturalizada por la ignorancia conquistadora, pero revelada por los monumentos y las lenguas; con su historia de tres siglos velada por el interés del dominador, pero viva en el odio popular; con su admirable epopeya de la insurrección, calumniada por el despecho, pero glorificada por la gratitud; con los mil elementos del suelo, del clima, de las lenguas, de las instituciones y de las costumbres, todo propio, todo peculiar, todo nuevo para Europa y todo á propósito para dar á una literatura la fisonomía nacional, desconociendo todo esto, repetimos,

se lanzaron aquellos poetas y literatos en pos de gastados modelos y por trillados caminos en busca de la triste nombradía, que es, á lo sumo, la recompensa del satélite ó del imitador.

Y mientras que eso pasaba en México, en el pueblo vecino del Norte y en los pueblos latinos del Sur había nacido y crecía robusta y pomposa, una literatura nueva y esencialmente americana, que parecía traducir en sus acentos los gritos marciales de las guerras de libertad, los mugidos de sus mares, los murmullos de sus ríos y de sus selvas, los cantos de sus indios y de sus mestizos y las palabras armoniosas de sus mujeres. En los poemas, en los discursos, en las novelas, en las mil formas que adoptó el pensamiento en aquellos pueblos y en aquellos días, se descubre luego el fuerte colorido local, algo del cielo, de las montañas, de las praderas, de los lagos de América; algo del fresco aroma de los bosques y del misterioso silencio de las soledades. Esa es literatura propia.

No son versos fríamente imitados para que luego dijeran Bermúdez de Castro y Zorrilla que los mexicanos no hacían más que plagiar sus obras, acusación que habrían podido repetir después Selgas, Becquer y Grilo, con la misma razón.

No: el gran venezolano Andrés Bello, no tiene modelo en Europa; antes él puede servir de ejem-

plo de concepción profunda y de sublime belleza artística; ni el ecuatoriano Olmedo ha podido encontrar norma para su grandioso canto épico en ninguna epopeya española, ni el argentino José Mármol ha bebido su indignación profética contra los tiranos, ni su fe en la libertad en ninguna oda castellana. Si Esteban Echeverría ha sido llamado el Lamartine del Plata, no fué porque imitara al poeta francés, sino porque poseía cualidades que lo ponían en parangón con el autor de las Meditaciones. Pero "La Cautiva" no tiene nada de común con "Jocelyn." Por último, hoy, el colombiano Jorge Isaacs, no fué á buscar á Europa la inspiración que ha hecho de su "María" un poema inmortal que conmoverá siempre á nuestro Mundo. Bastáronle las soledades vírgenes del Cauca, su genio y las emociones de su propio corazón.

Si en algunas de esas Repúblicas latinas del Sur, se apaga hoy, en el espíritu de unos pocos, ese entusiasmo ferviente por la literatura patria, y se alzan algunos altares al ídolo de la imitación, esa apostasía ni es general ni puede ser duradera. La ha engendrado la vanidad y la han incubado ciertas pretensiones políticas de origen bastardo que no subsistirán. El alto ejemplo de Bello y de Olmedo, los dos patriarcas de la literatura americana, acabará por sobreponerse al esfuerzo que ha-

cen las medianías serviles por torcer el curso que seguía majestuosamente el carácter nacional.

Eso en cuanto á los pueblos de la América del Sur; que en cuanto al pueblo de los Estados Unidos, la obra está consolidada y la Nación es demasiado altiva para no ser independiente hasta en el dominio de la literatura y de las Bellas Artes.

Allí hace tiempo que nació y que prospera una literatura nacional. Ese gran pueblo quiso tener instituciones propias y las tuvo; no parecidas á las de la antigua Grecia, ni la antigua Roma, ni de las repúblicas italianas de la Edad Media, sino suyas, formadas en parte con las costumbres inglesas, pero perfeccionadas con la libertad americana. Y esa república vive, crece y prospera. Quiso tener ciudades, acueductos, puentes, caminos, faros, ejército, marina, agricultura, industria, riquezas, todas las maravillas de la civilización, é improvisarse todo eso en los antiguos desiertos, en las intrincadas florestas, entre los hielos del invierno, á orillas de los ríos caudalosos, de los lagos enormes, de los mares inexplorados; y en efecto, en un solo siglo realizó su deseo y se igualó en grandeza material á las viejas naciones del mundo que no han alcanzado ese poderío sino después de millares de años. Y hoy, las ciudades existen, han surgido como por encanto del seno de las selvas seculares, ó de las llanuras, ó de las

marismas; el buque de vapor se abre paso á cada instante ruidoso y potente, ora por entre las aguas de los ríos y de los lagos que antes no cruzaba sino de tarde en tarde la débil piragua del indio, ora por entre las ondas encrespadas de aquellos mares por las que apenas se deslizaba hace un siglo, tímida y solitaria, la barca del aventurero. Y cien locomotoras llenan de humo el espacio, atraviesan en todas direcciones aquellas vastas praderas que antes no frecuentaban más que las tribus nómades y en que no solía verse á lo lejos, sino como imperceptible nubecilla, el humo del aduar; y donde antes no había más que lianas, ahora hay redes de telégrafos, puentes magníficos, prodigios del arte; y donde no se elevaba al cielo más que el himno de la naturaleza, hoy se escuchan los himnos del trabajo en las fábricas, y los himnos de la gratitud que entonan los creyentes bajo las bóvedas de los templos en la lengua de todas las religiones, concierto sublime, obra del genio y de la libertad!

¿Cómo era posible que un pueblo que había hecho tantas cosas por su grandeza política y material no pensase también en su grandeza intelectual?

Se dijo alguna vez en la América española, que si es verdad que en los Estados Unidos del Norte había todos esos elementos de riqueza pú-

blica y de bienestar político, en cambio faltaban elementos no menos necesarios á la vida social, á saber: la cultura literaria y la cultura artística. Allí no florece la poesía, allí no florecen las Bellas Artes. Esto se afirmaba muchas veces y por personas que no parecían vulgares; aun se llegó á escribir esto, y corrió con cierta popularidad. No era más que una de tantas falsedades que suele poner en boga la fatuidad latina.

Tenemos que repetirlo. Mientras que en México todavía se imitaban los modelos españoles ó franceses, en los Estados Unidos del Norte había ya una literatura nacional; había nacido con las instituciones representativas, la oratoria cívica; con el orgullo de la patria independiente, la historia; con la actividad, las ciencias nacionales que comenzaron á ser los númenes familiares de los exploradores, de los marinos, de los agricultores, de los menestrales, de todos los que buscaban en el seno de la tierra, al través del océano ó en las faenas del taller, un elemento de riqueza; y la contemplación de las bellezas naturales, de los esfuerzos humanos y de los beneficios del cielo dió vida á la poesía, á una poesía virginal y grandiosa, robusta y varonil, que no nació llorando por la pérdida de sus ilusiones, ni lamentando errores, ni refugiándose en un misticismo enervante, sino llena de esperanzas, de fe en el por-

venir, creyendo en la libertad y adorando á Dios, no como una Divinidad siempre iracunda y vengativa, sino como á un Numen benéfico, paternal y dispensador de consuelos y de recompensas.

Así debe ser caracterizada la poesía Norte-americana. Esto no es decir, que no hayan florecido en los Estados Unidos algunos poetas, muy pocos en verdad, y de mezquina nombradía, que no hayan sido imitadores de algunos poetas europeos, no; los ha habido, y era natural que los hubiese; el instinto de la imitación es invencible en los espíritus medianos y suele á veces arrastrar aun á los espíritus superiores. Además, el estilo de Byron, por un lado, y el de Walter Scott por otro, seducían por aquellos tiempos á no pocas imaginaciones americanas, que ora se sumergían en el océano amargo y melancólico de la poesía del primero, ó bien encumbraban con el segundo las alturas artificiales de un optimismo convencional. Pero estos imitadores, que aún hoy suelen aparecer, son pocos y no forman verdaderamente la escogida legión de los poetas nacionales.

Ésta se ve acaudillada por una pléyade de brillantes cantores, que han hecho en los Estados Unidos del Norte, lo que Bello, Olmedo, Gómez y Mármol hicieron en la América del Sur, esto es: señalar el verdadero giro del genio poético de su Patria. Este grupo se compone de Longfellow, Whit-

tier, Bryant, Holmes, Lowell y Emerson, seis patriarcas, seis creadores, seis pontífices del nuevo culto á la poesía americana.

No hablaré ahora más que del primero, con motivo de su nuevo poema «Evangelina,» que acaba de traducir en elegantes versos mi querido amigo y discípulo el joven poeta Joaquín D. Casasus.

¿Quién es Longfellow? ¿Por qué en los Estados Unidos se le considera como uno de los primeros poetas, si nó el primero, y como eminentemente nacional?

Henry Wadsworth Longfellow, según uno de sus numerosos biógrafos americanos, nació en Portland, Estado del Maine, el 27 de Febrero de 1807. Su padre, Mr. Stephen Longfellow, nativo de Gorham, Maine, entonces distrito de Massachusetts, era descendiente de William Longfellow, de Newbury, en el mismo Estado, que nació en Yorkshire, Inglaterra, en 1851 y emigró á América en su primera juventud. Mr. Stephen Longfellow, descendiente en la cuarta generación de este sujeto, nació en el año en que las colonias declararon su independencia. Graduóse en la Universidad de Harvard, á los veinte y dos años, y se consagró á la Jurisprudencia, trasladándose á Portland al principiar este siglo. Fué un buen jurisconsulto, como lo atestiguan los anales de Maine y de Massachusetts, y miembro del Congreso na-

cional. También fué presidente de la Sociedad Histórica de Maine. En cuanto á la madre del poeta, era descendiente de John Alden. Así, pues, este viejo puritano contó entre su posteridad á dos poetas, William Cullen Bryant y Henry Wadsworth Longfellow.

Este último, apenas tuvo edad para comenzar á aprender, fué puesto en la escuela dirigida por Mr. Fellows, en una casa pequeña de Spring Street. Más tarde fué á la escuela particular de Nathaniel Caster, y después á la Academia de Portland, bajo la dirección del mismo maestro y de Bezaleel–Cushman, hasta que entró en el colegio Bowdoin, á la edad de catorce años. Su curso fué notable, pues en él encontró, entre otros hombres que alcanzaron un puesto eminente en la literatura, á Nathaniel Hawthorne, el gran prosista americano, á George B. Cheevel y á J. S. C. Abbot, ilustres literatos y que deben contarse también entre los patriarcas de las letras americanas. Graduóse en 1825, y poco después fué nombrado profesor de lenguas modernas. Aceptó este nombramiento con el privilegio de ir al extranjero por espacio de tres años, con el objeto de prepararse mejor á llenar sus deberes, y al año siguiente se dirigió á Europa.

Durante los últimos años que pasó en el colegio antes de este viaje, el futuro profesor había contribuido, aunque modestamente, á la poesía de

su país natal. No había entonces en la América del Norte ningún poeta, con excepción de Bryant, ni periódicos en los Estados á los cuales pudiesen los jóvenes enviar sus composiciones. Habíanse hecho algunos esfuerzos para establecerlos, pero sin éxito, porque ó morían después de una lucha de pocos meses, ó se refundían en otros que á su turno desaparecían. Hubo en Nueva York una «Literary Gazette;» luego un «Atlantic Magazine;» y después el «New York Review and Athenœum Magazine,» del que Bryant fué el primer editor. Éste se convirtió en el «New York Literary Gazette and American Athenœum,» que luego terminó siendo el «United States Literary Gazette.» En las páginas de esta última publicación, que salía simultáneamente en Nueva York y en Boston, fué donde vieron la luz las primeras poesías del joven estudiante del Colegio de Bowdoin.

Estos primeros ensayos fueron, con raras excepciones, imitativos, bien de los poetas á quienes Longfellow leía más y admiraba, ó bien del género poético de la época. Una lectura atenta de la «United States Literary Gazette» demostraría, sin duda, que Longfellow no es el último cantor americano, joven ó viejo, en cuyas obras se vea impreso el espíritu del autor de «Thanatopsis.» Esto es perceptible en las primeras composiciones de Longfellow, que parecen inspiradas más bien en los

libros que en la observación. Los viajes, otros estudios y el progreso, que era la consecuencia de la edad, apartaron al poeta de este camino de sus primeros años, comenzando á formarse en él ese carácter de originalidad que lo distingue.

Regresó á los Estados Unidos, continuó en el ejercicio del profesorado, y á los veinticuatro años se casó. Poco después, en 1833, publicó su primer volumen que contenía una traducción de las «Coplas de Jorge Manrique,» precedidas de un «Ensayo sobre la Poesía Moral y Religiosa de España,» y seguidas de otros estudios españoles y de siete sonetos de Lope de Vega, de Aldana, de Medrano y de otros.

En 1835 publicó «Outre Mer,» libro de viaje en que el poeta da cuenta de sus impresiones en Europa durante los tres años que permaneció allí. Este libro aumentó su reputación y lo hizo designar para suceder al célebre Ticknor en el profesorado de literatura y de lenguas modernas en la Universidad de Harvard. Aceptó este puesto, renunciando el que tenía en Brunswick, y por segunda vez se dirigió á Europa, con el objeto de completar sus estudios sobre la literatura del Norte de Europa. Permaneció allí poco más de un año, pasando la primavera en Dinamarca y en Suecia, y el otoño y el invierno en Alemania. La súbita muerte de su mujer en Rotterdam suspendió su

viaje y sus estudios hasta la primavera siguiente, en que pudo continuarlos en el Tirol y en Suiza, regresando á los Estados Unidos en Noviembre de 1836 y entrando luego á desempeñar su encargo, el que mantuvo por espacio de diez y ocho años.

En 1839, después de haber escrito en la «North-American Review» (1837) algunos estudios importantes sobre el «Frithiof's Saga» y sobre los «Twice-told Tales» de su compañero de colegio, Hawthorne, cuyo talento él fué de los primeros en adivinar, y sobre la «Literatura Anglo-Saxona» y «París en el siglo décimoséptimo,» publicó «Hyperion,» novela que fué seguida de la colección poética «Voces de la noche,» en que se encuentran los pequeños y bellos poemas «The Psalm of life,» «The Beleaguered City» y «Footsteps of Angels.»

En 1842, aparecieron «Baladas y otros poemas,» colección en que Longfellow se muestra ya con su verdadero carácter original y más maduro, si no mas robusto, que en las «Voces de la noche.» En este volumen salió á luz su poesía más popular y en la que la intención moral supera á la forma poética «Excelsior.»

Después de haber publicado «Baladas y otros poemas,» Longfellow hizo su tercer viaje á Europa y pasó el verano á orillas del Rhin. Volvió á los Estados Unidos pocos meses más tarde, tra-

yendo consigo numerosas poesías que había escrito en el mar, y en las cuales expresa con energía su odio á la esclavitud. Los «Poemas sobre la esclavitud» fueron publicados en 1843 y dedicados á W. E. Channing, que no vivió lo bastante para poder leer cuánta era la admiración que el poeta tributaba á su carácter y á su obra. Esa dedicatoria contiene este nobilísimo verso:

«Well done! Thy words are great and bold;
«At times they seem to me
«Like Luther's in the days of old,
«Half-battles for the free.»

En 1843, Longfellow se casó en segundas nupcias y adquirió la propiedad de la casa conocida con el nombre de «Craigie-House,» cerca de la Universidad de Harvard, en Cambridge, en que vivió hasta su muerte, y que debía ese nombre á Andrés Craigie, uno de sus anteriores propietarios. En ese mismo año publicó «El Estudiante Español,» comedia en tres actos.

En 1846, «La torre de brujas y otros poemas,» y en 1847, «Evangelina,» su poema más famoso y más conocido en el mundo literario.

En 1849 salió á luz su novela «Kavanagh;» en 1850, «Á orillas del mar y al amor de la lumbre,» y en 1851, «La Leyenda de oro.» En 1855 publicó «El Canto de Hiawatha,» «Los Amores de Miles

Standish,» «Cuentos de una posada,» «John Endicot,» y «Miles Corey;» dramas históricos (1868), «Tres libros de cantos» (1872), en el que inserta varias traducciones de cantos orientales, y «Kéramos y otros poemas,» volumen que encierra doce traducciones de poetas franceses, alemanes é italianos.

Desde 1854, en que había renunciado su cátedra de la Universidad de Harvard, se había retirado al seno de su familia, viviendo apaciblemente entregado á sus tareas literarias en aquella hermosa casa, construida en la primera mitad del siglo pasado, por el Coronel John Vassal, y que había honrado Washington, habitando en ella después de la batalla de Bunker's Hill y mientras preparaba el sitio de Boston, y en que habían vivido también por temporadas hombres célebres en las letras, como Everett el orador, Sparks el historiador, y Worcester el lexicógrafo.

Allí, rodeado de amigos, visitado por cuantas personas eminentes tenía el país, admirado por propios y extraños, adorado por su familia y sus discípulos, disfrutando de todas las comodidades que una vida sobria y sus numerosos trabajos recompensados en aquel pueblo inteligente habían podido procurarle, Longfellow gozó en su tranquila y serena ancianidad de una gloria que fué tanto menos disputada, cuanto era más pura y

merecida por su noble inspiración y por sus excelentes virtudes, siendo llorado, cuando murió el 24 de Marzo de 1882, por la gran nación cuyo ornamento había sido durante 75 años, que fueron los de su vida, útil y gloriosa.

Fueron sepultadas sus cenizas en el cementerio de Mount Auburn, en donde, lo mismo que en su casa, se renuevan cada día los peregrinos admiradores del gran poeta.

Tal fué Longfellow, el autor de «Evangelina.»

Ahora bien: ¿y qué es este poema?

Pues este poema, que con el «Canto de Hiawatha,» constituye el verdadero título que tiene Longfellow, á ser llamado uno de los patriarcas de la Literatura Nacional Americana, es un poema esencialmente americano, por su asunto, por su colorido, por el carácter descriptivo que lo distingue, tanto respecto de los cuadros, como respecto de los personajes; en fin, por el reflejo que se contempla en él de la vida y de la naturaleza americanas. Los lectores pueden conocerlo en la fiel y elegante traducción del joven poeta mexicano, que tan admirada fué en el Liceo Hidalgo, cuando su autor le dió lectura. No hablaré, pues, de su trama, ni de las mil bellezas que contiene. Esto será apreciado por el lector á su tiempo.

Sólo referiré, porque es necesario, y porque

pocos de los estudios que se han escrito acerca de Longfellow hablan de ella, la tradición de la que el poeta sacó los elementos para su poema conmovedor. Y no haré más que traducir del inglés «La Introducción Histórica,» que precede á «Evangelina,» en la colección publicada en Boston, en 1880, con el título de «American Poems.»

«El país, dice, conocido ahora con el nómbre de Nueva Escocia, y llamado primeramente Acadia por los franceses, estuvo alternativamente en poder de éstos y de los ingleses hasta el año de 1713, en que por la paz de Utrecht fué cedido por Francia á la Gran Bretaña, y desde entonces permaneció en poder de los ingleses. Pero en 1713, los habitantes de la Península eran, en su mayor parte, aldeanos y pescadores franceses cerca de Minas Basin y en Annápolis River, y el gobierno inglés sólo ejercía sobre ellos un poder nominal. No fué sino en 1749, cuando los ingleses mismos comenzaron á fundar establecimientos en el país, y en ese año pusieron los cimientos de la ciudad de Halifax.

Los celos comenzaron á surgir entre los colonos ingleses y franceses, que se exacerbaron por el gran conflicto que á la sazón dividía á las dos

metrópolis; porque el tratado de paz de Aix-la-Chapelle en 1748, que confirmó á los ingleses el derecho á la Nueva Escocia, apenas fué una tregua entre los dos poderes que habían estado luchando por ese dominio desde el principio del siglo. Los franceses se empeñaron en una larga controversia con los ingleses, respecto de los límites de la Acadia, que habían sido definidos por los tratados en términos generales, y se urdieron intrigas entre los indios que simpatizaban generalmente con los franceses, para molestar á los colonos ingleses. Los acadianos estaban unidos á los franceses por la sangre y por la religión, pero reclamaban el derecho de permanecer neutrales, y pedían que este derecho les fuese garantizado previamente por los empleados ingleses de la Corona. El único punto de disputa era el juramento de fidelidad que exigían los ingleses á los acadianos. Éstos rehusaban prestarlo, á no ser en la forma modificada, que los excusase de hacer armas contra los franceses. La demanda de los ingleses fué hecha repetidas veces, y evadida con ingenuidad y persistencia constantes. Los acadianos, en su mayor parte, fueron probablemente gente candorosa y apacible, que deseaba sólo vivir tranquila en sus granjas; pero había algunos espíritus inquietos, especialmente entre los jóvenes, que comprometieron la reputación de la comunidad, y

todos estaban bajo la influencia de sus sacerdotes, algunos de los cuales no hacían un secreto de su amarga hostilidad contra los ingleses y de su determinación de valerse de todos los medios para libertarse de ellos.

Como los intereses ingleses se aumentaban, y las relaciones violentas entre los dos países se aproximaban á una guerra abierta, la cuestión relativa al modo de zanjar el problema acadiano, llegó á ser la dominante en la colonia. Había algunos que deseaban apoderarse de las ricas granjas de los acadianos; otros estaban inspirados por el odio religioso; pero el espíritu que prevalecía, era el del temor á la cercana presencia de una comunidad que, llamándose neutral, podía, llegada la ocasión, ofrecer un conveniente apoyo al ataque del enemigo. Aun exigir á estas gentes que se retirasen al Canadá ó á Louisbourg, sería reforzar á los franceses y convertir á estos neutrales, en enemigos declarados. La colonia resolvió finalmente, sin consultar al gobierno local, trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos en las colonias, con el objeto de impedir algún concierto entre las familias así esparcidas, por el cual pudiesen regresar á la Acadia. Para lograr esto, los preparativos debían ser rápidos y secretos. Había á las órdenes del gobernador inglés, un número de tropas de Nueva

Inglaterra, traídas allí para la captura de los fuertes que había en el país disputado, cerca de la parte superior de la bahía de Fundy. Estas tropas se hallaban al mando del teniente coronel John Winslow, de Massachusetts, biznieto del gobernador Edward Winslow, de Plymouth, y á este caballero y al capitán Alexander Murray, fué presentada la petición para trasladar á los acadianos. Se les sugirió, además, que usaran, si era posible, de una estratagema, á fin de atraer juntas á varias familias y de impedir que algunas se escaparan á los bosques. El día 2 de Septiembre de 1755, Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., «tanto á los viejos, como á los jóvenes y á los muchachos,» intimando á todos los varones para que lo esperasen en la Iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para oir una comunicación que el gobernador había enviado. Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad, y se había discutido mucho acerca de la retirada de los acadianos del país, aunque nada se había hablado de su traslación y dispersión, entendióse que se trataba de una reunión importante, y el día señalado, cuatrocientos diez y ocho hombres y niños se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la

Iglesia, y entonces anunció al pueblo que su Majestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

La iglesia se convirtió en cárcel, y todos los prisioneros fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaban en Pisiquid, bajo las órdenes del capitán Murray, y con menos éxito en Chignecto. Entretanto, hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los transportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas y trasladar á ellos á los hombres, bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Septiembre, y los hombres permanecieron en los buques en el puerto hasta la llegada de los transportes, y haciéndose uso de éstos, cerca de tres mil personas fueron desterradas del país y enviadas á la Carolina del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York, Connecticut y Massachusetts. En la confusión y precipitación de la partida, precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea, y confusión que era mayor por la diversidad de los idiomas, muchas familias se separaron y algunas nunca volvieron á reunirse. La historia de «Evangelina» es la historia de semejante separación. La traslación de los acadianos

fué una mancha para el gobierno de Nueva Escocia y para el de la Gran Bretaña, que nunca desaprobó el atentado, aunque éste fué cometido probablemente sin el permiso directo ni orden del gobierno inglés. Se ha probado que era innecesario; pero es preciso también recordar que, para muchos hombres, en este tiempo el poder inglés parecía temblar ante el de Francia, y que la colonia de Halifax miraba este acto como un acto de preservación.

Las autoridades, para la indagación histórica sobre este asunto, pueden consultarse mejor en un volumen publicado por el gobierno de Nueva Escocia en Halifax, en 1859, con el título de «Selections from the Public Documents of the Province of Nova Scotia,» editor Thomas B. Akins, y en un diario manuscrito llevado por el Coronel Winslow y que está ahora en el gabinete de la Sociedad histórica de Massachusetts, en Boston. En la casa del Estado en Boston hay dos volúmenes de documentos con el título de «French Neutrals,» que contienen voluminosos papeles relativos al tratamiento de los acadianos que fueron enviados á Massachusetts. Probablemente la obra usada por el poeta al escribir su «Evangelina,» fué la que se intitula «An Historical and Statistical Account of Nova Scotia,» por Thomas C. Haliburton, que es más conocido como autor de

«The Clock-Maker» or «The Sayings and Doings of Samuel Slick of Slickville,» libro que, escrito aparentemente para excitar á los habitantes de Nueva Escocia á mayores empresas, fué por largo tiempo el principal representante de la agudeza yankee. La historia del juez Haliburton se publicó en 1829. Una última historia, que tiene la ventaja de contar con documentos históricos, es «A history of Nova Scotia or Acadia,» por Beamish Murdock Esq. Q. C. Halifax, 1866. Aún más reciente que ésta, es una pequeña, pero bien escrita obra intitulada «The History of Acadia from its First Discovery to its Surrender to England by the Treaty of Paris,» por James Hannay, St. John, N. B. 1879. W. J. Anderson publicó un estudio en los anales de la Sociedad Histórica de Quebec, Nueva serie, parte 7.ª, 1870, intitulado «Evangeline and the Archives of Nova Scotia,» en el cual examina el poema á la luz de las revelaciones que contiene el volumen de los Archivos de Nueva Escocia, publicados por T. B. Akins. Los bosquejos de los viajeros en Nueva Escocia, como «Acadia or a Month among the Blue Noses,» por F. S. Cozzens, y «Baddeck,» por C. D. Warner, presentan el aspecto actual del país y de sus habitantes.»

Adicionaré esta introducción con dos notas acerca del nombre «Acadía,» y de los antiguos colonos de ese país, arrojados de allí por los ingleses y entre los cuales fué á buscar Longfellow los bellos caracteres de su admirable poema. Tales notas serán útiles á los lectores de la traducción. En los antiguos documentos, «Acadia» es llamada «Cadia;» después se le llamó «Arcadia,» «Accadia» ó «l'Acadie.» Este nombre es probablemente una adaptación francesa de una palabra común entre los indios «Micmac,» que vivían allí, y que significa «lugar ó región,» y usada como un afijo para otras palabras para indicar el lugar en que se encontraban varias cosas, como arándanos, anguilas y focas, que se encontraban en abundancia. Los franceses convirtieron este término indígena en el de «Cadia» ó «Acadia;» los ingleses en el de Quoddy, forma en la que permanece cuando se aplica á los Quoddy y á Quoddy Head, el último punto de los Estados Unidos cercano á Acadia; así como á los compuestos «Passamaquoddy» ó Pollock Ground.

En cuanto al lugar llamado entonces Grand-Pré, en el que Longfellow hace pasar el bellísimo idilio de los primeros cantos de «Evangelina,» forma hoy parte de la ciudad de Horton.

Respecto de los primeros colonos de la Acadia, se sabe que eran principalmente descendien-

tes de los colonos que fueron llevados á La Haye y Port-Royal por Isaac de Razilly y Charnisay, entre los años de 1633 y 1638. Estos colonos venían de la Rochela, de Saintonge y del Poitou, de modo que habían salido de una área muy limitada en la costa occidental de Francia, cubierta con los departamentos modernos de la Vendée y de la Charente inferior. Esta circunstancia ejerció alguna influencia en la manera de colonizar las tierras de la Acadia, porque ellos venían de un país lleno de pantanos, donde el mar era contenido por medio de diques artificiales, y encontraron en la Acadia iguales pantanos, con los cuales hicieron lo mismo que habían acostumbrado practicar en Francia. (Hannay's «History of Acadia,» pág. 282).

De tan dolorosa historia y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aún hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal, con el que ha conmovido al mundo.

¿Cuál es el argumento de este poema? Es inútil que lo digamos, cuando los lectores van á conocerlo y á seguir con interés, siempre creciente, las peripecias de un amor sencillo, apasionado, admirable, que tiene por escena las soledades del Nuevo Mundo, por actores á seres buenos y be-

llos, como ángeles, pero en el que toma gran parte la Fatalidad, como en las tragedias antiguas. Por otra parte, sería vano esfuerzo querer reproducir en pálida prosa, lo que sólo es dado cantar en la lengua divina de los poetas.

La «Evangelina» debe leerse en verso. Sólo así puede aspirarse el aroma fresco y grato que exhala el idilio que se representa en la Acadia; sólo así pueden admirarse debidamente los asombrosos cuadros de la Naturaleza americana, en los cuales Longfellow ha superado por la maestría de las descripciones, por la viveza del colorido y por la magia del estilo, á cuantos, encantados por la belleza del aspecto de la tierra americana, le habían precedido en los dominios de la poesía.

Y bien: ¿cómo clasificar este poema? Yo no quiero adrede abordar esta cuestión. Fuera de que las clasificaciones retóricas son casi siempre incompletas é inexactas, en nuestro tiempo son inútiles. El poeta actual penetra en todos los dominios, en el subjetivo y en el objetivo; todo lo invade, porque todo lo necesita para la expresión de la belleza y de la verdad. Busca en los abismos del corazón, las sombrías y terribles luchas del sentimiento; en la vida exterior, los aspectos, siempre variados y bellos, de la indiferente y serena Naturaleza; y en las profundidades insonda-

bles del cielo, los misterios de una fuerza superior. Todo lo estudia, todo lo copia, todo lo siente. Con todo esto se forma el poema moderno. «Evangelina» es una prueba, la más elocuente quizá, de esta observación literaria. La intensa conmoción de que se siente poseído el lector, se suspende, se interrumpe, para dar lugar á la admiración que causan los cuadros descriptivos, y esa admiración voluptuosa, como que se obscurece de súbito por la inmensa sombra que proyectan en el espíritu las reflexiones amargas que lo sobrecogen y confunden.

Tales son las múltiples y variadas sensaciones que se experimentan leyendo á «Evangelina,» y Longfellow ha sabido ser un gran poeta, puesto que ha logrado mover en el espíritu de sus contemporáneos, como moverá en el de las generaciones venideras, los más importantes resortes del interés y del sentimiento.

Pero sobre todo, y más que todo, ha sido un poeta americano. La América, con su importante belleza y con su majestad virginal, se refleja en el poema entero, y lo llena de tal modo, que críticos muy expertos, pero que, como Homero, se dormían alguna vez, adormecidos, podríamos decirlo, ante la magia de los cuadros descriptivos, es decir, ante la naturaleza exterior, no han querido reparar en el cuadro íntimo que sostiene el

amor apasionado contra los furores del destino, en el alma de los bellos personajes del poema.

No; Philarète de Chasles, juzgando á Longfellow, no ha conservado su espíritu penetrante y sagaz. El artista, esta vez, no hizo lugar al filósofo, y fué semejante al sordo que admira el plumaje de la ave canora, y no es capaz de apreciar el canto.

«Evangelina» abunda en bellezas descriptivas, pero también rebosa pasión, una pasión intensa, doliente, pura; la esperanza y el dolor se la disputan; la resignación y una energía digna de los mártires, la sostienen; no vacila, no desfallece, no se desespera; es el símbolo de la fe y de la fuerza. ¿Hay un ejemplo de amor más fuerte y más santo, que el de «Evangelina?»

En cuanto á la forma, ya lo hemos dicho. Longfellow ha hecho un poema esencialmente americano. Su estilo es fuertemente pintoresco, nervioso, original. Si se nos permitiera, diríamos que había introducido en la flexibilidad del lenguaje inglés, la expresión pintoresca del indio de los desiertos americanos, y la piadosa dulzura de los primeros habitantes cristianos del Norte. Su estilo poético es un brebaje aromático que embriaga y conforta. Es poeta, y parece apóstol; lo que Edgar Poe le censura, constituye precisamente su gran mérito. «Evangelina» podía haber sido

un poema pesimista, y es un poema de cristiana resignación. Es verdad que coloca en la mano de los mártires, una copa de amargura y de lágrimas, pero en ella vierte una gota de ambrosía: la ambrosía de las esperanzas eternas. ¿Acaso no es ésta la recompensa única de la virtud, en la tierra?

Longfellow escribió su poema en el metro conocido como hexámetro dactílico inglés, y esto ha aumentado la dificultad, ya grande de por sí, de traducirlo á otra lengua, especialmente si esta lengua es latina. No tenemos en español un metro equivalente, y hay que encerrar en el endecasílabo, combinándolo de modo que no pierda su majestuosa armonía, el concepto del vate americano.

El joven é inspirado poeta mexicano, Joaquín D. Casasus, acometió esta tarea que habría hecho vacilar á los más fuertes; pero el éxito ha sonreído á sus esfuerzos y á su laboriosidad. Él ha logrado lo que muy pocos traductores alcanzan, á saber: conservar fielmente el texto original y trasladarlo á nuestra lengua con la armonía poética que era necesaria para interpretarlo. Porque parafrasearlo no era tan difícil; pero entonces, ya no era el pensamiento de Longfellow, no eran sus palabras,

no era su lenguaje poético el que se nos daba á conocer, sino á lo sumo la idea vaga de su plan; una verdadera imitación. Para traducirlo era preciso guardar rigurosamente las leyes de la exactitud, conservar la imagen con su fuerza y colorido peculiares, buscar en la lengua extraña la armonía y el ritmo equivalentes, y esto sin agregaciones ni omisiones, sin enmendar al poeta y sin desnaturalizar su pensamiento. Trabajo rudo, en verdad, y para el cual se necesita también de inspiración, de identificación con la índole poética del autor.

Desde que el joven traductor nos leyó su obra en lo particular y pudimos compararla con el texto, admiramos complacidos estas cualidades que tan pocas veces brillan en las traducciones. En la suya notamos inmediatamente que no se marchitaba la frescura del estilo de Longfellow, que no se evaporaba el aroma silvestre y balsámico que exhala, si vale expresarnos así, que no palidecía su colorido americano. Conservaba el verso endecasílabo del traductor mexicano todas esas dotes que caracterizan al original, y así como éste, aunque escrito en inglés, nunca se confundirá, por ejemplo, con el estilo del «Manfred» de Byron, de la «Gertrudis de Wommyng» de Campbell ó de «Lalla-Rook» de Moore, así el estilo de la traducción de Casasus no se confundirá tampoco

con ninguno de los poemas españoles. Y es que, aunque interpretando en español á un poeta americano que habla inglés, ha sabido ser á su turno, esencialmente mexicano.

Más tarde, cuando el Sr. Casasus leyó su «Evangelina» en el «Liceo Hidalgo,» este juicio que había yo formado acerca de ella, se confirmó plenamente. Encantó á los socios de esa respetable Corporación literaria, no sólo por su belleza, sino por su americanismo, que no puede reproducirse sino por un americano. Un europeo que no conociera la América, difícilmente podría comprender y expresar, con la viveza de colorido que se requiere, la belleza de nuestros cuadros naturales, la energía de nuestros sentimientos y los caprichos de nuestra lengua, enriquecida por los modismos y por la influencia de nuevas nociones en la contemplación de una Naturaleza nueva.

Precisamente estas últimas circunstancias dieron motivo en el seno del Liceo, á algunas observaciones, no acerca de la exactitud y belleza de la traducción, sino del empleo de giros nacionales y de mexicanismos en el estilo; pero también tuvimos nosotros el honor de demostrar allí la conveniencia del uso de estos giros y modismos, como propios de nuestra literatura nacional, que tiene el derecho de ponerlos en circulación, como característicos de su caudal independiente.

Y en efecto, si algo da una fisonomía peculiar á nuestra poesía y á nuestra prosa, es el uso de los modismos, conformes á la índole filosófica de toda lengua que se habla por un pueblo soberano é independiente, con otras instituciones, otras costumbres, otras necesidades y numerosísimos elementos lingüísticos nuevos que no tiene la nación que impuso en otro tiempo esa misma lengua, ni las otras que la conservan también como fondo de las suyas.

Este argumento irresistible justifica plenamente el uso que ha hecho el poeta mexicano, de modismos y palabras que traducen mejor las ideas del poeta americano, como podría probarse si en detalle pudieran citarse con el texto al frente.

Réstanos sólo decir algo sobre las traducciones que se han hecho en español de la «Evangelina.» No conocemos más que dos en verso: una del Sr. Morla Vicuña, diplomático chileno (Nueva York, 1871), y otra de D. Federico Rahola, publicada en el «Mundo Ilustrado,» periódico de Barcelona, núms. 179-192.

Pero sin que sea nuestra intención rebajar en lo más mínimo la reputación de tan entendidos literatos, sino guiados únicamente por el amor á la justicia y á la verdad, podemos decir que la primera de esas traducciones, aunque hecha en sonoras octavas reales, es demasiado parafrástica,

y tanto, que á veces no parece sino una mera imitación de Longfellow.

Nuestro ilustrado amigo y consocio, el Sr. D. Francisco Sosa, en el magnífico Juicio Crítico que leyó hace poco en el «Liceo Hidalgo,» comparando la traducción de la «Jerusalem libertada,» hecha por el español Sr. Pezuela, conde Cheste, con la que hizo nuestro compatriota el Sr. Gómez del Palacio, censura con razón, en la del primero, las libertades frecuentes que se toma, añadiendo algo de su propia cosecha, ó alterando notablemente el original del gran poeta italiano. ¿Qué diría el juicioso crítico mexicano si examinara la traducción de «Evangelina,» hecha por el Sr. Morla Vicuña, en que se intercalan muchos versos que no pertenecen á Longfellow, se substituyen imágenes, se omiten pensamientos y se cambian con frecuencia las ideas del poeta?

Demostrarlo sería fácil, si no temiéramos alargar demasiado las dimensiones del presente estudio.

En cuanto á la segunda, escrita en versos endecasílabos sin rima, nos parece en su mayor parte bastante literal, aunque se separe á veces del texto, juzgando quizá poco poéticas, imágenes que en realidad lo son; pero el estilo tiene un carácter áspero y un pronunciado sabor á prosa que ni siquiera dulcifican las armonías del conso-

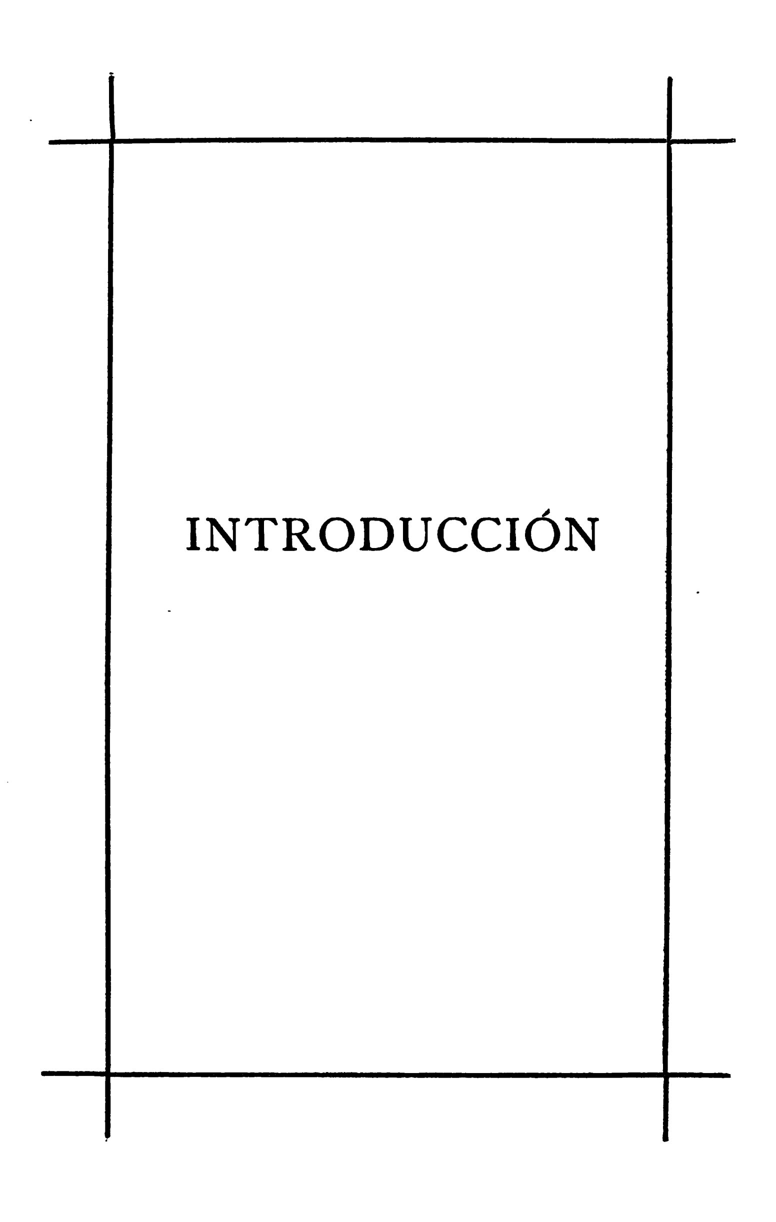
nante ó del asonante, que sólo pueden olvidarse en el verso libre, cuando éste es eminentemente melodioso.

No sucede otro tanto con la traducción del Sr. Casasus, hecha en sextinas de versos endecasílabos con una combinación especial. No conociendo, como nos consta que no conocía, las dos traducciones mencionadas, limitóse á alterar el metro del original inglés, porque no era posible usarlo en la poesía española, y no quiso aceptar tampoco la octava; pero en la forma métrica que adoptó ha conservado la majestad armoniosa que conviene al poema, y sobre todo ha sido traductor fiel, y elegante versista.

Lo felicitamos por su trabajo, y en señal de homenaje, colocamos en las puertas del bello templo que ha construido, los humildes y rústicos festones de este prólogo.

México Abril 28 de 1885.

Ignacio M. Altamirano.



INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

Esta es la selva de la edad primera.
Los pinos y los cedros rumorosos
Con heno ornados y con verdes trajes,
Á la hora del crepúsculo, indistintos,
Se ven como druidas que exhalaran
Con voz triste y profética sus cantos,
Cual blancos trovadores que en el pecho
La barba luenga descansar dejaran.
Habla el cercano mar con su rugido,
Desde su antro de rocas, sonoroso,
Y con lánguido acento quejumbroso,
De la selva respóndele el gemido.

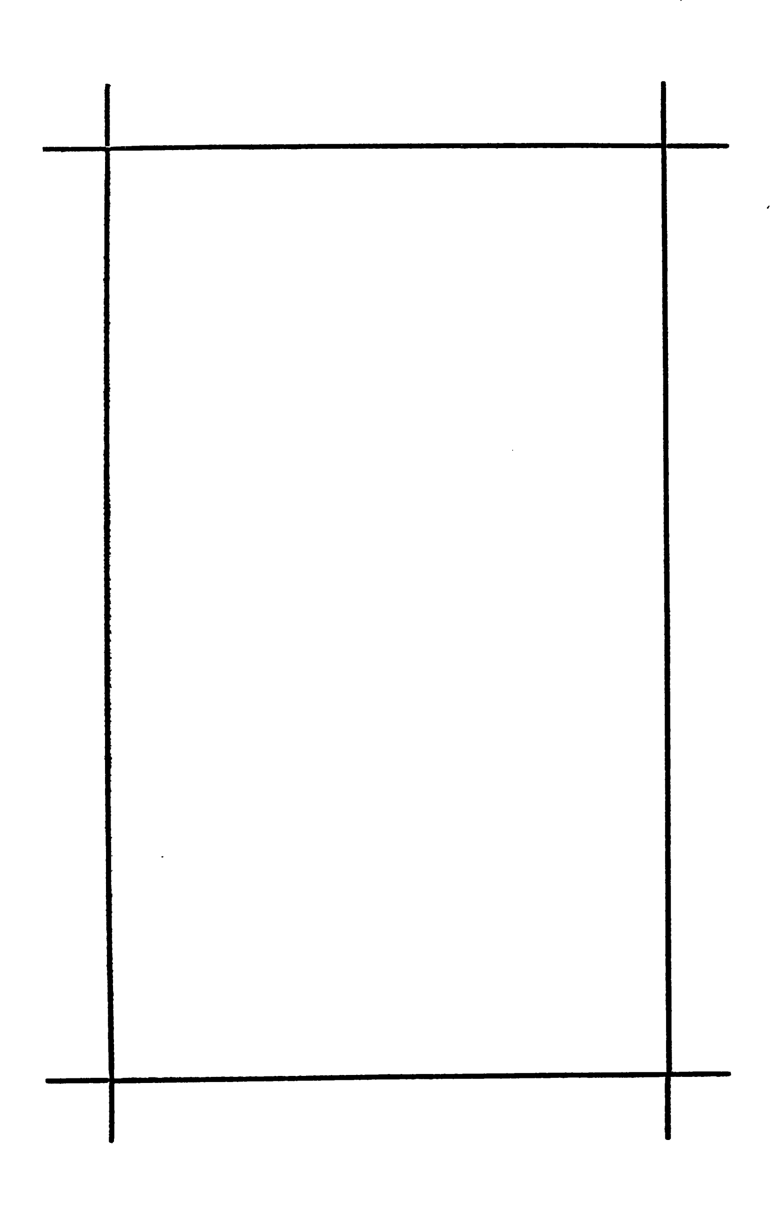


Esta es la selva de la edad primera.
¿Pero en dónde están ya los corazones
Que en ella palpitaron, como el corzo
Cuando la voz del cazador escucha?
¿Do los rústicos techos de la aldea,
De Acadienses labriegos los hogares,
Hombres cuya existencia deslizóse
Cual manso río que los bosques baña
Por sombras de la tierra obscurecido
Mas la imagen del cielo reflejando?
Como el polvo y las hojas que de Octubre
Las ráfagas remueven y levantan
Y hasta al mar las arrojan, á lo lejos,
Menos su tradición, en el olvido
Todo fué para siempre sumergido.



Vosotros que creéis en el afecto
De aquel que sufre y que paciente espera;
Vosotros que creéis que es infinita
La adoración de una mujer cuando ama,
Oid la tradición que rumorosos
Cantan aún los pinos de la selva.
Escuchad y guardad en la memoria
De un casto amor la dolorosa historia.

PRIMERA PARTE





PRIMERA PARTE

I

De la Acadia en las tierras, en la rada
De las playas de Minas, apartada
Y distante, tranquila y silenciosa,
Y en un valle cercano á la bahía,
De *Grand Pré,* entre los árboles, reposa
La pintoresca aldea todavía.

Hacia el Este se ven extensos prados
Que pastos dan á innúmeros ganados
Y á la aldea su nombre. El mar detienen
Con diques los labriegos; las compuertas
Abren, si tiempos favorables vienen,
É inunda el mar los prados y las huertas.

Al Oeste y al Sur, diseminadas
Se extienden á lo lejos, no cercadas,
De las huertas las verdes sementeras;
Y en los campos de lino y cereales,
Se contemplan las filas de las eras
Cortadas en tableros desiguales.

———

Hacia el Norte del valle, en la vertiente
De las altas montañas, que la frente
Levantan hasta el cielo, las neblinas
Que el viento del Atlántico amontona,
Parecen caprichosas, blanquecinas,
De las montañas la imperial corona.

———

Y más allá, de la pesada niebla,
Que lo profundo de los bosques puebla,
Se ve alzarse la tienda, reclinada
Sobre aquellas inmensas soledades.
Allí se halla la aldea, circundada
De sus ricas y vastas heredades.

———

Las casas fuertemente fabricadas
Con ramas de olmo y roble entrelazadas,
Parecíanse á aquellas que habitaron
Los labriegos en Baja Normandía,
En el tiempo feliz en que reinaron
Los Enriques, de grande nombradía.

Eran de paja los cerrados techos;
Pero la luz del sol entraba á trechos
Por las altas ventanas; y en el día
Al umbral de las casas resguardaba
Del calor que la siesta producía,
La sombra que el alero proyectaba.

En las tardes tranquilas del verano,
Cuando el sol lentamente, en el cercano
Monte ocultaba el disco engrandecido
Con su luz inundando las aldeas
Y dorando el torreón ennegrecido
De las altas y obscuras chimeneas,

Las mujeres, sentadas en sus bancos,
Con capas rojas y con gorros blancos,
Hilaban con la rueca el lino de oro,
Y los telares su rumor mezclaban
Al canto de las niñas y al sonoro
Vibrar de las ruedas que giraban.

Allí, solemne, interrumpiendo el juego
De los hijos robustos del labriego,
Alegre, sonriente, aparecía
Nuncio de paz, el cura, que al oírles
Cubierta ya de besos, extendía
La mano cariñosa á bendecirles.

Ellos saltando, entre la mano el gorro,
Formábanle al llegar, alegre corro;
Y las niñas también se levantaban
En unión de sus madres, para darle
Á aquel noble pastor á quien amaban,
Bienvenida afectuosa, al saludarle.

Terminadas del campo las labores,
Tornaban á su hogar los labradores.
Su disco enorme en el ocaso hundía
El sol al descender tras de los montes,
Y el crepúsculo en tanto difundía
Su fulgor en los anchos horizontes.

Entonces desde el alto campanario,
Alzado sobre el rústico santuario,
Melancólico el *Angelus* sonaba,
Y de los techos de la humilde aldea,
El humo, como incienso, se elevaba
Brotando de la obscura chimenea,

Proclamando la paz y la ventura
De aquella vida. que inocente y pura
Todos los Acadienses labradores
Llevaban, siempre de su suerte ufanos,
Temiendo á Dios, viviendo sin dolores,
Y amándose unos y otros como hermanos.

Y al mismo tiempo, sin temor, sin esos
Sufrimientos que causan los excesos
De los reyes, y de paz rodeados,
De libertad gozando en sus ciudades
Vivían, ni envidiosos ni envidiados,
En medio de sus vastas heredades.

Jamás las puertas de su hogar cerraron
Ni las altas ventanas encordaron,
Que ellos el noble corazón abrían
Como las puertas de su humilde estancia;
Pobres eran los ricos y vivían
Los más pobres también en la abundancia.

En casa de la aldea retirada,
Y próxima de Minas á la rada,
Vive el más rico labrador, llamado
Bellefontaine Benedicto; al lado suyo,
Y teniendo el hogar á su cuidado,
Evangelina, de la aldea orgullo.

Era fuerte el anciano como un roble,
Robusto y sano, bondadoso y noble.
Blanca, como la nieve nunca hollada,
Su larga cabellera se veía;
Y su mejilla, por el sol tostada,
Hoja obscura de roble parecía.

¡Ella tenía diez y siete abriles!
¡Qué puros de aquel rostro los perfiles!
Sus ojos eran negros, sombreaba
La espalda su cabello dado al viento,
Y su hálito oloroso, recordaba
De las tiernas ovejas el aliento.

Cuando en los largos días del verano
Iba alegre y ligera hasta el cercano
Y espeso bosque, á la hora de la siesta,
Sus jarras de cerveza á los pastores
Llevando, ¡qué gallarda y qué bien puesta
Mirábanla, al llegar, los labradores!

¡Era hermoso, el domingo en la mañana,
Cuando desde la torre, la campana
Llena el aire de santas vibraciones
Y el sacerdote, con su hisopo en mano,
Á los fieles rocía, y bendiciones
En las frentes derrama soberano,

Verla pasar jugando su rosario,
En la mano el manual devocionario,
Con su gorra normanda en la cabeza,
Su capa azul y los zarcillos de oro
Que realzaban su espléndida belleza
Y ella guardó cual familiar tesoro!

Mas una aureola celestial brillaba
Y con su luz sus sienes circundaba,
Cuando después de comulgar, serena,
De Dios gozando, hacia su hogar volvía.
Mas después de pasar, de gracia llena,
Algo como una música se oía.

De la montaña sobre la alta cumbre
Que puebla la crecida muchedumbre
De pinos y de robles, dominando
La mar serena que á sus pies se extiende,
Los picos de la roca acariciando,
La casa alegre sus aleros tiende.

Junto al pórtico rudo y mal tallado,
De rústicos asientos circundado,
Crecía un sicomoro, do enredaba
Sus tallos trepadora madreselva,
Y un huerto, cuyo límite llegaba
Á perderse en el fondo de la selva.

Al pie del sicomoro, un cobertizo,
Fabricado con paja y con carrizo,
Ocultaba, debajo sus aleros,
La colmena de corcho; parecía
Un nicho, de esos que hay en los senderos,
Do se guarda la imagen de María.

Un poco más abajo, en la pendiente
De la montaña, hallábase la fuente;
Allí el cubo y pilones se veían;
Y á la casa, sirviéndoles de abrigo,
Se alzaban los graneros, que se hundían
Bajo la carga de copioso trigo.

En el patio, después de la faena
De la siembra del trigo, que en la buena
Y propicia estación verificaban,
Los rastrillos, los carros, el arado,
Limpios y desuncidos ocultaban
En rincón de las veras apartado.

Más allá, de las cándidas ovejas
Mirábase el redil, y tras las rejas
El extenso y magnífico serrallo
Donde orgulloso el pavo paseaba,
Y, escarbando la tierra, alegre el gallo
La casa con sus cantos atronaba.

Tras de las tapias del corral, gracioso
Se alzaba el palomar, donde en dichoso
Y cándido consorcio, entre sus nidos,
Como amantes y tiernos trovadores,
Murmurando sus quejas y gemidos
Las palomas cantaban sus amores.

Y dominando todo la veleta,
Sobre los techos del hogar sujeta,
El rumbo de los vientos señalando,
Con su ruido monótono zumbaba,
En los valles vecinos proclamando
Que el aire fresco de la mar soplaba.

Así, de sus amigos alejado,
Pero por ellos con afán buscado,
De Dios gozando y siempre satisfecho,
Siendo de Evangelina la alegría,
De aquel hogar bajo el humilde techo
Aquel honrado labrador vivía.

Cuando iba Benedicto sus pesares
Á consolar, orando en los altares,
Los jóvenes que al templo lo seguían,
Á Evangelina siempre contemplaban
Con esa devoción con que solían
Á los Santos mirar cuando rezaban.

¡Qué feliz y dichoso se creyera
El que tan solo conseguido hubiera,
Aun cuando fuese con objeto vano
En su casa en las tardes recibido,
Estrechar una vez su blanca mano
Ó las orlas tocar de su vestido!

Cuando iban los labriegos á su puerta,
Para ellos siempre con cariño abierta,
Y allí al rüido de su paso oían
En medio de sus dulces emociones,
Ante ella humildes revelar temían
El amor de sus nobles corazones.

Pero en la fiesta que la Iglesia crea
Para el santo Patrono de la aldea,
Entusiastas, ó menos temerosos,
Estrechaban sus manos en la danza,
Y al compás de la música, gozosos
La hablaban de un amor sin esperanza.

Mas de aquellos amigos que seguían
Doquiera á Evangelina, y que venían
Hasta su casa con afán prolijo,
El preferido de su amor sincero
Era Gabriel de Lajeunesse, el hijo
Del buen Basilio, el laborioso herrero.

Era Basilio, un viejo respetado
Como hombre bueno y artesano honrado;
Porque, aunque fuese su fortuna escasa,
Siempre el herrero, cuando fué cumplido,
Gozó doquiera protección sin tasa
Y fué por los demás enaltecido.

Entre Basilio y Benedicto había
Una antigua amistad que los unía,
Y así sus hijos á la par crecieron,
Juntos los dos desde su edad temprana,
En el suelo feliz en que nacieron,
Como crece un hermano con su hermana.

El padre Feliciano fué el maestro
Que educara á los dos; porque era el diestro
Y sabio pedagogo que enseñara
Á los niños á leer, y en sus lecciones
Los himnos de la Iglesia les cantara
Para alentar sus tiernos corazones.

La lección concluida, se marchaban
De Basilio á la puerta, y admiraban,
Ya las llantas de un carro, remedando
Retorcida serpiente, ya al herrero,
La herradura á una bestia colocando,
Puesto en la pierna el delantal de cuero.

En las tardes de otoño, fulgurante,
Como ardiendo entre llamas, el semblante
Del herrero los párvulos veían;
Ya el trabajo del fuelle contemplaban
Y al cesar, á las chispas que caían,
Monjas que van al templo, las llamaban.

En el invierno crudo, en su trineo,
Como el águila audaz que en el deseo
De asir su presa á descender se atreve,
De los montes bajaban las laderas,
Rápidos deslizándose en la nieve,
Hasta el linde cruzar de las praderas.

Por el granero á veces se subían
Hasta alcanzar las ramas que encubrían
Entre sus hojas, el abierto nido,
Do errantes golondrinas ocultaban
Esas piedras del mar, que siempre han sido
El talismán con que ellas adiestraban,

Antes que fuese á levantar el vuelo,
Los ojos inexpertos del polluelo.
¡Qué contentos, felices y dichosos,
Después de la faena se creyeran,
Si las piedras hallaban, que afanosos,
Los dos tan sólo por buscar subieran!

Así de la niñez, sin desengaños,
Mirar corrieron los felices años;
Mas cuando niños por su mal no fueron,
Cuando llegó la juventud, que bella
Torna siempre la vida, comprendieron
Que él era hermoso y seductora ella.

Él era un joven ya, valiente, osado,
En el trabajo rudo ejercitado;
Mas en su cara juvenil y hermosa,
En su frente á los cielos parecida,
Se miraba la luz esplendorosa
De la alegre mañana de la vida.

Ella era una mujer sencilla y buena,
Á los pesares y al dolor ajena,
Con alma pura, á ser predestinada
De la virtud el abrigado puerto
En la mar de la vida, aun no cruzada,
Y un corazón á la esperanza abierto.

Y era tan bella, tan hermosa era,
Que al mirar su florida primavera,
De Santa Eulalia resplandor fecundo
La llamaban aquellos labradores;
Porque así como el sol, que el infecundo
Árbol del bosque coronó de flores,

Ella también de su feliz esposo
El hogar apacible y venturoso
Llena de amor, sin celos,
Cual sol fecundo que las flores cría
Con enjambre de niños pequeñuelos,
Bellos y sonrosados, poblaría.

II

La estación otra vez reaparecía
Que largas noches, gélidas traía.
El sol al signo de Escorpión entraba.
La bandada de pájaros, buscando
El calor de los trópicos, pasaba
Las bahías del Norte abandonando.

La cosecha riquísima de trigo
Quedaba de las trojes al abrigo;
Pero los bosques que ningún retoño
Ni una yema en las ramas conservaban
Con los vientos terribles del otoño,
Cual Jacob con el ángel, batallaban.

Todo en aquellos valles predecía
Cuán inclemente la estación sería
Del invierno crüel; ya trabajando
Con profético instinto, sus faenas
Redoblaba la abeja, y rebosando
Dejaba su panal en las colmenas.

El indio cazador lo presagiaba
Si espeso el pelo de la zorra hallaba.
Tal fué el anuncio del otoño....; luego
Otra estación seguía, que *«verano
De Todos Santos»* la llamó el labriego,
Por estar de tal fiesta tan cercano.

En el cielo purísimo y sereno
Brillaba el aire trasparente, lleno
De pálidos fulgores; y el paisaje,
Que al pie de las montañas se miraba,
La frescura lucía del follaje
Que nueva y dulce juventud le daba.

La paz que en germen la ventura encierra
Parecía reinar sobre la tierra;
Y el mar gigante, que levanta airado
Su rudo oleaje rebramando á solas,
Acallar parecía, sosegado,
El monólogo eterno de sus olas.

Con suave y deliciosa melodía
Resonar en la atmósfera se oía
De las tiernas palomas el arrullo,
La voz de los chicuelos que jugaban,
El cantar de los gallos, y el murmullo
De las aves que el cielo atravesaban.

Los árboles frondosos de los huertos,
Por el rocío matinal cubiertos,
Ante la luz del sol aparecían
Cual plátanos de Persia, deslumbrantes,
Y en sus hojas, sus rayos les fingían
Mil coronas de trémulos diamantes.

Y el sol en las mañanas, tras la cumbre
Del monte apareciendo, con su lumbre,
Al través de áurea gasa que flotaba
Cual de una casta desposada el velo,
Espléndido y radioso iluminaba
La tierra, el mar, el horizonte, el cielo.

Después volvían á reinar las horas
De la paz y el contento protectoras,
Y los días de Junio calurosos,
Con que el verano fecundó la tierra,
Huian de los cielos, presurosos,
Tras los picos nevados de la Sierra.

Á la hora del crepúsculo, sombría,
La estrella de la tarde aparecía,
Y con el paso tardo, por los valles
Mirábase el ganado, caminando
Entre veredas y tortuosas calles,
De sus establos el calor buscando.

De Evangelina la ternera hermosa,
Al tornar los ganados, orgullosa
De su blancura, con la cinta al cuello,
Que alegre campanilla sujetaba,
Y precediendo á todos, ¡era bello
Ver en las tardes si al corral entraba!

Y después, del redil hasta las rejas,
Con el pastor llegaban las ovejas
De la orilla del mar, que en los collados
Que de aquel rumbo el valle circuían,
Del mar y sus crecientes resguardados,
Sabrosos pastos encontrar solían.

Y tras de ellas mirábase orgulloso,
Aquí y allí saltando, y presuroso
La cola larga sin cesar meciendo,
Cual señor paseando sus miradas,
Al perro fiel, entre el rebaño, siendo
Pastor de las ovejas descarriadas.

Cuando el pastor, cansado se dormía,
Á las ovejas de guardián servía,
Y en los bosques, de noche, cuando un daño
Él temió de los lobos en acecho,
Fué siempre el protector de su rebaño,
Á riesgo de su sangre y de su pecho.

Después, cuando los cielos y los valles
La luna iluminaba, por las calles
Los rumores pausados se escuchaban
De los carros, bajando de la loma,
Que el heno verde hasta el hogar llevaban,
Impregnando los aires con su aroma.

Los garbosos caballos ensillados,
Con brillantes arreos enjaezados,
Suelta la crin al viento y extendiendo
La cola, que en el aire se endereza,
Alegres relinchaban, sacudiendo,
Como un árbol su copa, la cabeza.

En el rústico establo se miraba
La lechera hacendosa, que ordeñaba
Á las pacientes vacas, y se oían
De la leche los chorros espumosos
Que las ubres, ubérrimas vertían,
Caer entre las jarras, rumorosos.

Y en dondequiera, en el corral cercado
De la casa en el patio, del ganado
Se oían á intervalos los mugidos,
Voces de niños, carcajadas, risas,
Cuyos ecos llevaban confundidos
Sobre sus alas las ligeras brisas.

Después, todo quedaba silencioso,
Todo en tétrico y lánguido reposo:
Con monótono ruido se cerraban
El corral y las puertas del granero,
Y los mozos, cansados, se alejaban
Á cenar, á la lumbre del brasero.

Sentado muellemente junto al fuego
En su silla de brazos, el labriego
Miraba el humo en espiral luchando
Con las llamas rojizas, desatadas,
Cual se ve al enemigo batallando
Al asaltar ciudades incendiadas.

Tras de su silla, en el rincón obscuro,
Su propia sombra, sobre el alto muro
Con fantásticas formas se miraba:
Ya en gigantesca progresión crecía,
Ya apenas una huella dibujaba,
Y ya luego en la sombra se perdía.

Cuando un fulgor sobre el sillón de cuero
Reflejaba la lumbre del brasero
Al abrasar la destrozada astilla,
Á intervalos mirábanse risueñas
Las caras que en el roble de la silla
Grabó el artista, rudas y pequeñas.

Y en las planchas de peltre, que bruñidas
Colgaban del armario suspendidas,
Proyectaba su luz la chimenea,
Como el sol se refleja en el acero
Del escudo que agita en la pelea,
Levantando sus brazos, el guerrero.

Entonces el anciano en ocasiones
Entonaba fragmentos de canciones,
Villancicos del Christmas, que cantaron
En un tiempo sus padres á porfía,
En medio de los huertos que habitaron
En Borgoña ó en Baja Normandía.

Junto á su padre, Evangelina hilaba,
Y mudo entonces el telar callaba;
Mas tejer otras veces discurría
Y el ruido de la rueda cadenciosa
De Benedicto á la canción se unía
Como el són de una gaita melodiosa.

Y así como en la Iglesia suele oirse,
Cuando el canto ha llegado á interrumpirse,
La voz del sacerdote, en la alta nave
Resonando con grata melodía,
Así su canto al suspender, suave
El golpe seco del reloj se oía.

Así los dos en el hogar sentados
Y al amor de la lumbre bien hallados,
Estaban en la noche, cuando oyeron
Detenerse unos pasos á la puerta,
Después los golpes de la aldaba, y vieron
Luego una de las hojas entreabierta.

Al oir Benedicto un paso lento
Resonar en el duro pavimento,
Que era Basilio comprendió al instante,
Quien á esas horas á su hogar llegaba;
Y ella, al sentir el pecho palpitante,
Supo quién al herrero acompañaba.

—Buena noche os dé Dios, dijo el labriego,
Aterido acercándose hasta el fuego;
—«Que bien venido mi Basilio sea,
Respondió Benedicto; —«amigo mio,
«Acércate á la ardiente chimenea,
«Que allí está tu lugar sin tí vacío;

«Toma tu larga pipa de la mesa,
«Tu caja de tabaco; tras la espesa
«Columna de humo azul que se levanta
«De tu pipa ó tu fragua, tu semblante
«Jovial y alegre contemplar me encanta;
«Porque rojo, redondo y palpitante,

«Me recuerda la luna, que esplendente,
«Ya próxima á la llena, en el oriente
«Se levanta serena y majestuosa,
«Si á través se la ve de aquella niebla
«Que siempre azul, aérea y vaporosa,
«En el invierno nuestros campos puebla.»

Entonces con sonrisa de contento
Al ocupar el señalado asiento,
Donde él solo en las noches se sentara,
Respondióle Basilio: —«Benedicto,
«Siempre he de hallarte el mismo; bien tu cara
«Muestra que aún eres á la broma adicto;

«Eres tú, más que todos, venturoso;
«Siempre contento estás, siempre dichoso,
«Tú el solo entre los buenos labradores;
«Mientras que hay otros que de grandes males,
«De ruinas, miserias y dolores,
«Ven doquiera sembradas las señales.

«Tan feliz eres tú, que yo creería
«Que del suelo levantas cada día
«Una nueva herradura.» Y un momento
Detúvose á tomar la pipa humeante,
Que Evangelina hacia su mismo asiento
Le llevara solícita y amante.»

Después siguió diciendo tristemente:
—«Hace ya cuatro días que allí enfrente
«Del río Gaspereau se mira anclada
«Toda la escuadra inglesa, sus cañones
«Terribles dirigiendo hacia la entrada
«De aquellas indefensas poblaciones.

«¿Cuál será su designio concebido?
«Aun no lo es de nosotros conocido;
«Mas ya la orden se dió, y en la mañana
«Todos al templo concurrir debemos,
«Do cual ley de la tierra, soberana,
«El Real Mandato proclamar oiremos.

«Sin embargo, ¡ay de mí! ¡cuántos temores
«Tienen los acadienses labradores!»
—«Tal vez algún propósito amistoso
«Traiga esa escuadra á nuestra playa amiga,
Respondió Benedicto. —«¿Por qué odioso
Ha de ser el propósito que abriga?

«Ó tal vez en el suelo de Inglaterra,
«Menos fecunda, y trabajada tierra,
«La cosecha de trigo se ha perdido,
«Como suele pasar algunos años,
«Y con nuestros graneros han querido
«Sus hijos mantener y sus rebaños.

«Tal vez, Basilio, éste su intento sea.»
—«Por desgracia las gentes de la aldea
«No lo han pensado así —dijo Basilio
Con un aire de duda bien marcado;—
«¿Acaso Beau Séjour, que es nuestro auxilio,
«Louisburg ó Port Royal han olvidado?

«Muchos hasta la selva, temerosos
«Se han alejado ya, y en ella ansiosos
«Su triste suerte conocer esperan;
«Sus armas y sus flechas, los guerreros
«Han presto recogido y no quisieran
«Ni aun los mazos dejar de los herreros.»

—«Más seguros estamos resguardados,
«Contestó Benedicto, en los vallados,
«Entre nuestros rebaños y trigales,
«Tan sólo por los diques defendidos
«Que se alzan frente al mar, que en los breñales
«Nuestros valientes padres, protegidos

«Por gigante y armada fortaleza......
«Pero ninguna sombra de tristeza,
«Ningún temor, ni sobresalto ó duelo,
«En esta dulce noche, amigo mío,
«Debe empañar de nuestra dicha el cielo;
«Yo siempre espero en Dios y en Dios confío.

«Esta noche es la noche de las bodas,
«Terminadas están las cosas todas:
«La casa está arreglada, ya el rebaño
«Se ha apartado para ellos desde Enero,
«Y con heno y con trigo para un año
«Están llenos la casa y el granero;

«El buen René Leblanc, nuestro notario,
«Debe de ser puntual cual de ordinario,
«Y ya no ha de tardar con sus papeles;
«¿No debemos nosotros, orgullosos,
«Siendo al amor de nuestros hijos fieles,
«Hoy juzgarnos, como ellos, venturosos?»

En tanto, Evangelina, que escuchaba
Lo que su padre con Basilio hablaba,
Con su mano en las manos de su amante,
Que ella le abandonara cariñosa,
Al oir la noticia, palpitante
Quedóse en la ventana y ruborosa.

Y al pronto se escuchó tras de la puerta,
Que por intento se quedara abierta,
Rumor acompasado, y conduciendo
El tintero y papel que eran del caso,
Entró, cual de costumbre, sonriendo,
René Leblanc con mesurado paso.

III

Era René Leblanc alto en extremo,
Por los años doblado, como un remo
Que asaz luchara con la mar bravía,
Y rubio su cabello, cual las flojas
Hebras que suaves y sedosas cría
Del maíz la mazorca entre sus hojas.

Era su frente altiva y despejada,
Por las arrugas de la edad surcada,
Y escaso de la vista usaba anteojos
Sobre tosco carey mal engarzados,
Á traves de los cuales sus dos ojos
Miraban con viveza apasionados.

De veinte niños, padre había sido,
Y tal del buen Leblanc hubo crecido
La prole numerosa, que contaba
Cien nietos que en sus piernas divertía
Con el tic-tac que acompasado daba
El reloj que en la oreja les ponía.

Cuatro años en los tiempos de la guerra,
Por ser amigo fiel de la Inglaterra,
Preso de Francia en un castillo estuvo;
Pero después tornóse como un niño;
Y más juicioso, repartido tuvo
Por igual y entre todos su cariño.

Él fué por todos como nadie amado,
Mas por los niños siempre idolatrado,
Porque del lobo astuto les contaba
Las hazañas del bosque, seriamente,
Y de un duende nocturno que llegaba
Á bañar los caballos á la fuente.

Á veces por las noches les decía
Que la blanca Letichia aparecía,
Porque era alma de un niño, condenada
Á cruzar sin ser vista y silenciosa
De los niños como ella, la morada,
En medio de una sombra tenebrosa.

Les contaba también que en Noche Buena,
Al concluir en las tardes la faena,
Hablaba el manso buey en el establo;
Y que la araña, que encerrada estuvo
En cáscara de nuez, de orden del diablo
Curó la fiebre y la salud mantuvo.

Y al fin les refería bondadoso
El inmenso poder maravilloso
De los ajos que tienen cuatro dientes,
De la herradura que encontrada fuera,
Y alguna ú otra historia que las gentes
Creyeron cual si fuese verdadera.

Al sentarse Leblanc, el pobre herrero,
Sacudiendo su pipa en el brasero
Y extendiendo la mano, así le dijo:
«¿Tú, que has oído lo que el vulgo inventa,
«No podrás, buen Leblanc, darnos de fijo
«De aquella escuadra y de su objeto cuenta?»

—«En verdad he escuchado en ocasiones
«Las variadas y múltiples versiones,
«Contestóle el notario; mas por esto
«No estoy yo más ó menos informado.
«¿Cuál será su destino manifiesto?
«Lo sé tan bien como el que lo ha ignorado.

«Sin embargo, no soy de los que inspiran
«Á las gentes temor, ni los que miran
«Una mala intención en su llegada.
«¿No hemos estado en paz con Inglaterra?
«Pues entonces, ¿por qué su grande armada
«Ha de venir á declararnos guerra?»

—«¡Nombre de Dios!—el impaciente herrero,
Algún tanto irascible y pendenciero,
«Exclamó bruscamente, al levantarse.—
¿Por qué ya en todo, y por ejemplo tomo
«Esta misma cuestión, ha de buscarse
«Siempre el por qué, la consecuencia, el cómo?

«Diariamente en el mundo puede verse
«Por doquiera injusticias cometerse,
«Y es de todos los hombres bien sabido
«Que para el débil el derecho es nada,
«Aunque lo haya en las luchas defendido,
«Porque es del fuerte, la razón, la espada.»

—«El hombre injusto es, mas Dios es justo,
Dijo el notario, con semblante adusto;
«Pero al fin, el que triunfa es el derecho;
«Yo recuerdo á propósito una historia
«Que algo en la cárcel consoló mi pecho
«Y que conservo fiel en la memoria.»

Era esta historia el cuento que gustaba
Repetir en la aldea, cuando hablaba
Con todos sus vecinos, que decían
Que ellos doquiera y de diversos modos
Interminables males resentían,
Todos profundos, pero injustos todos.

—«En antigua ciudad, de cuyo nombre
«No he podido acordarme (no os asombre
«Que este leve detalle no recuerde,
«Que después de una vida prolongada
«Siempre los nombres la memoria pierde)
«Se hallaba una columna levantada

«En una plaza pública, espaciosa,
«Sobre la cual de la Justicia, hermosa
«Estatua en bronce se elevó suprema;
«Llevaba una balanza en una mano
«Y una espada en la otra, como emblema
«De que es aquella diosa el soberano

«Que sobre el mundo con rigor preside
«Y siempre al hombre en su balanza mide.
«Á menudo los pájaros solían
«En la balanza fabricar sus nidos,
«Y entonces los fulgores no temían
«De la espada, sobre ellos desprendidos;

«Pero al fin, corrompidas por la guerra
«Fueron todas las leyes de la tierra:
«Ante la fuerza se abatió el derecho,
«Fueron todos los débiles honrados,
«Hundidos siempre en calabozo estrecho
«Y con mano de hierro gobernados;

«Entonces sucedió, que en un palacio
«De un hombre noble, á la virtud reacio,
«Bello collar de perlas se perdiera,
«Y que grave sospecha, aunque infundada,
«Sobre una pobre huérfana cayera,
«Que en la casa servía como criada.

«Por este solo y suspicaz indicio,
«Fué sometida la infeliz á juicio,
«Y en él fué condenada injustamente
«Á recibir en la horca, muerte odiosa;
«Ella al morir se encomendó ferviente
«Á los pies de la estatua de la Diosa;

«Pero al subir su espíritu hasta el cielo,
«Sobre aquella ciudad, sobre aquel suelo
«Cayó una tempestad como venganza;
«Hirió un rayo á la estatua enfurecida,
«Y de su mano izquierda, la balanza
«Se desprendió con rápida caída.

«En la parte interior de los platillos,
«Y con la paja atada á los anillos,
«Se vió un nido de urraca, y enlazado
«Hábilmente y de artística manera,
«Se halló el collar de perlas extraviado,
«Por el cual á morir la niña fuera.»

Un cuento al escuchar tan asombroso,
Aunque no convencido, silencioso
El herrero quedó, como aturdido,
Sin encontrar razón en que apoyarse,
Como aquel que de pronto, confundido,
La palabra no halló para expresarse.

Todos sus pensamientos, de repente
Congelados quedaron en su frente,
Como aquellos vapores que revelan
Que llegaron de invierno las mañanas
Y que en formas fantásticas se hielan
En el marco exterior de las ventanas.

Evangelina entonces con presteza
La lámpara encendió, y de cerveza,
Que ella misma en la casa preparaba
Y que ya era en Grand-Pré harto famosa,
Porque ahí sólo tan fuerte se tomaba,
Llenó todas las jarras, afanosa.

En tanto, de sus bolsas el notario
Sacaba, para el acto necesario,
Su papel y tintero, y escribía
De los novios los nombres, las edades
Y el dote que la novia recibía
En vacas, en carneros y heredades.

Muy en breve las cosas terminaron,
Y con la mano trémula, firmaron
Los dos novios el acta, y presuroso
Puso el notario de la ley el sello,
Que semejaba un sol esplendoroso
Irradiando con fúlgido destello.

De su bolsillo de luciente cuero,
Entonces Benedicto, algún dinero
Sacó sobre la mesa, que él formaba
El sueldo ó recompensa que al notario,
Después de sus labores, se le daba
Casi en todas las bodas, de ordinario.

Leblanc alzóse, y á los novios dijo
Palabras de ternura; los bendijo
Y bebió su cerveza alegremente.
Mas la espuma después Leblanc limpióse
De sus labios, y «adiós» solemnemente
Les dijo á todos, y á su hogar volvióse.

Entretanto, contentos y dichosos,
Junto á la chimenea silenciosos,
Los otros se quedaron, en espera
De comenzar el juego preferido,
Cuando la buena Evangelina hubiera
Dádoles el tablero apetecido.

En aquella contienda del tablero,
El viejo Benedicto y el herrero
Largo tiempo pasaban, ya alabando
Una mala ó magnífica jugada
Que las filas del rey iba diezmando,
Ya riendo ante una pieza coronada.

Y en tanto, en la ventana reclinados
Gabriel y Evangelina, apasionados
Hablaban de sus cándidos amores,
Ya mirando la luna que en oriente,
Coronada de pálidos fulgores,
Se alzaba sobre el mar resplandeciente,

Ya las plateadas nieblas que flotaban
Y en formas caprichosas se agrupaban,
Ya las blancas estrellas, que parecen
Flores de *no-me-olvides,* que en el cielo
Llenas de aromas en las noches crecen
Y los ángeles riegan en su vuelo.

Pero pronto en el alto campanario,
Alzado de la aldea en el santuario,
Se oyó sonar la queda, y presurosos
Los dos viejos dejaron el tablero,
Y después de saludos cariñosos,
Alejóse Gabriel con el herrero.

Las últimas palabras, los adioses
Que pronunciaron las vibrantes voces
De aquellos artesanos, resonaron
Del hogar bajo el techo, y en el alma
De Evangelina al resonar, dejaron
Contento y paz, resignación y calma.

Entonces, continuando la costumbre,
Fué cubierto el rescoldo de la lumbre
Que débilmente en el hogar ardía,
Y oyóse en los peldaños de madera,
El ruido que el anciano producía
Al subir cauteloso la escalera.

En breve, iluminando su camino,
Más aun que con la luz, con el divino
Reflejo esplendoroso que irradiaba
Su cara juvenil y peregrina,
Hasta su cuarto, que entreabierto estaba,
Subió, tras Benedicto, Evangelina.

Sencillo era su cuarto, lo adornaban
Cortinas que el armiño semejaban,
Y además admirábase un armario,
Do las telas guardaba con esmero
Que ella misma tejiera de ordinario,
Ya con lino ó con lana de carnero.

Esas eran la dote que llevaba
Al hogar que su esposo preparaba,
Dote más estimada que el ganado
Y ovejas que á su amante le ofrecía,
Porque ellos demostraban, que á su lado
Á mujer hacendosa llevaría.

Pronto su lámpara apagó, que Diana,
Á través de la rústica ventana,
La alcoba iluminaba esplendorosa,
En aquel corazón virtuoso y sano,
Ejerciendo la influencia poderosa
Que ejerce en la marea del Oceano.

¡Y cuán hermosa, entonces, cuán esbelta
Se la hubiera mirado, con la suelta
Cabellera que en bucles descendía,
Y el pie desnudo de sin par blancura
Que ni á besar la luna se atrevía,
Temerosa de ajar tanta hermosura!

Después, entre los árboles del huerto,
Creyó ver á Gabriel, mal encubierto
Por las hojas tupidas del boscaje;
Á Gabriel, que impaciente la esperaba,
Y cuya vaga sombra, entre el follaje
Con su fulgor la luna proyectaba.

Aunque él era su solo pensamiento,
Un triste y pesaroso sentimiento
Pasaba á veces sobre su alma amante,
Cual los grupos de nubes que cubrían
De aquella luna el resplandor brillante,
Y á intervalos su alcoba obscurecían;

Mas al ir á asomarse á su ventana,
Miró pasar la cazadora Diana
De una nube á través, y luminosa
Seguir sus pasos solitaria estrella,
Cual siguiera Ismael de Agar hermosa,
Tras la tienda de Abraham, la humilde huella.

IV

Esplendoroso en el siguiente día,
Dorando el aire azul de la bahía
Donde los buques de Inglaterra anclados
Luchaban con el viento y la marea,
El sol se levantó tras los collados
Que circundaban de Grand-Pré la aldea.

Larga noche la aldea sumergida
Estuvo en el reposo; mas la vida
De aquellos afanosos labradores,
Y el trabajo, que alegre se despierta,
Llamaban con sus himnos y clamores
De la mañana á la dorada puerta.

De los villorios de Grand-Pré vecinos,
De las fincas, por todos los caminos
Que alrededor se extienden, descendían
Con sus trajes de fiesta, muy ufanos,
Y hacia el pueblo sus pasos dirigían
Todos los acadienses aldeanos.

Unos grupos tras otros asomaban,
Y el aire con sus risas atronaban
Las praderas cruzando, por veredas
Do jamás otras huellas se miraron
Que la señal profunda de las ruedas
Que en el húmedo césped se enterraron.

Bien pronto de la aldea, al mediodía
Se suspendió el trabajo, que invadía
Las calles incontable muchedumbre,
Y que algunos, en grupos bulliciosos,
Del sol sentados á la ardiente lumbre
Entre sí conversaban animosos.

Cada hogar era entonce una posada:
Los aldeanos siempre á su llegada
Eran todos con fiestas recibidos;
Allí viviendo, cual si hermanos fueran,
Los bienes eran en común tenidos;
Las cosas de uno allí, de todos eran.

Fué la hospitalidad más abundante
De Benedicto en el hogar, que amante
Evangelina á todos recibía:
La sonrisa su rostro iluminaba,
La bienvenida á todos ofrecía
Y sus copas á todos les brindaba.

Junto al pórtico rudo, á cielo abierto,
Y debajo los árboles del huerto,
Llenos de frutos de oro, el vecindario
Las fiestas de la boda celebraba.
Allí el cura se hallaba y el notario.
Junto á Basilio, Benedicto estaba.

Y no lejos, detrás de la colmena,
Y de la prensa do la cidra buena
En abundancia entonces se exprimía,
Alegre el corazón como el semblante,
Miguel el violinista aparecía
Con su chaleco de color chillante.

La sombra de las hojas que oscilaban
Mecidas por el viento, jugueteaban
Sobre sus blancos, nítidos cabellos,
Y brillaba su rostro envejecido
Como un carbón que fúlgidos destellos
Vierte, entre las cenizas escondido.

Al són de su violín, con dulce acento,
Y el compás con los pies llevando atento,
De los «Bourgeois de Chartes,» alegremente
La inspirada canción cantar solía,
Ó de «Dunkerque el Carillón,» que anuente
Innumerables veces repetía.

Casi sin descansar, alegremente
Teniendo el campo de su vista al frente
Y debajo los árboles del huerto,
Viejos, niños y jóvenes mezclados,
De la música al dúlcido concierto,
En círculos danzaban agrupados;

Pero entre todas las muchachas, era
Á la vez la más bella y hechicera,
Evangelina Bellefontaine, de fijo,
Y entre todos los mozos, el primero
Era Gabriel de Lajeneusse, el hijo
Del buen Basilio, el laborioso herrero....

Así pasó contenta la mañana....
Pero ¡ay! que de la torre la campana
Resonó con tristísimos clamores,
Que á aquellos aldeanos convocaron,
Y los golpes de férreos atambores
En las verdes praderas se escucharon.

Los varones al templo penetraron
Y la iglesia bien pronto la llenaron.
En tanto, las mujeres esperaban
Por el atrio rodando, y ya con yedras
Ó verdes siemprevivas, coronaban
De los sepulcros las desnudas piedras.

Un momento después, atravesando
Entre los acadienses, que esperando
Impacientes estaban su llegada,
Mostrando en el semblante la fiereza,
Entró del templo á la mansión sagrada,
La tropa, con su jefe á la cabeza.

Con sonoro clamor, debajo el cielo
De aquella humilde Iglesia y sobre el suelo,
Resonaron los roncos atambores,
Y despnés fué cerrado suavemente
El pesado portón. Los labradores
En silencio esperaban trístemente,

De aquella altiva turba de soldados,
Conocer los proyectos concertados.
Entonces del altar sobre las gradas
Vieron todos alzarse al comandante,
Las hojas con las órdenes selladas,
Agitando en sus manos, anhelante.

—«Habéis sido reunidos este día
«De orden del rey —les dijo;— cual debía,
«Él siempre bueno y bondadoso ha sido;
«Pero á tanta bondad en sus acciones,
«¿Cómo le habéis al fin correspondido?
«Díganlo vuestros propios corazones.

«Aunque penoso á mi carácter sea
«Cumplir con mi misión y mi tarea,
«Porque ha de seros por demás gravosa,
«Es preciso decir cuanto ella abarca,
«Y obedecer, aunque parezca odiosa,
«La voluntad, señores, del monarca.

«Á saber: vuestras tierras, los rebaños
«Que en vuestros campos criáis ha largos años
«Las casas todas que la aldea encierra,
«Son tomadas desde hoy por la Corona,
«Y aun vosotros también, de aquesta tierra
«Transportados seréis á extraña zona.

«¡Quiera el cielo clemente y bondadoso,
«Que, cual pueblo pacífico y dichoso,
«Viváis en el amor de vuestros reyes!
«En tanto, yo cautivos os retengo,
«Que del Gran Rey, la voluntad, cual leyes,
«El deber de cumplir celoso tengo.»

Así como desciende sobre el llano,
En los días calientes del verano,
Terrible tempestad, de cuyo seno
El helado granizo se desprende,
Y en verde campo de gramíneas lleno
Tiernas espigas sobre el suelo tiende,

Y oculta el sol y arroja por doquiera
Tejas que el viento arranca en su carrera,
Y hace huir por los campos los ganados,
Así sobre las almas descendieron,
De aquellos labradores espantados,
Las órdenes del Rey que se leyeron.

Un silencio profundo un breve instante
En la Iglesia reinó; mas resonante
Clamor, confuso de pesar y duelo,
Dejó escapar la multitud, y alerta,
Como movida por gigante anhelo,
Se abalanzó furiosa hacia la puerta.

Mas de la Iglesia, huir era imposible:
Entonces ronco y á la vez terrible,
En el templo á las preces consagrado,
Grito de angustia y de dolor oyóse,
Y á los gritos del pueblo exasperado,
Una orgullosa imprecación mezclóse.

Mas de repente, con semblante fiero,
La varonil figura del herrero
Alzóse con los brazos extendidos,
Temblando de emoción y de coraje,
Cual los palos de un buque sacudidos
Por tempestuoso y furibundo oleaje.

—«¡Abajo los tiranos de Inglaterra!
«¡Jamás los habitantes de esta tierra—
«Dijo— obediencia á su poder juramos;
«Muera todo soldado que encontremos
«Robando en nuestro hogar, ó que veamos
«Recoger las cosechas que tenemos.»

Mas apenas de hablar hubo acabado,
Cuando hasta él acercándose un soldado,
Sobre la boca bofetón tan rudo
Con mano abierta le pegó violento,
Que ya no firme mantenerse pudo,
Y rodó sobre el duro pavimento.

En medio de la lucha y el tumulto,
Do la blasfemia se mezcló al insulto,
Miróse la hoja del cancel abierta,
Y el reverendo padre Feliciano
Apareció de pie, junto á la puerta,
Alzando al cielo su clemente mano.

Entonces acercándose, sereno,
Subió las gradas del altar, y lleno
De santa unción, del pueblo el vocerío,
Con su actitud pacífica acallando,
Habló á la turba; enérgico y sombrío
Fué el tono de su voz al ir hablando.

—«Hijos míos, les dijo, ¿qué habéis hecho?
«¿Qué furia se ha abrigado en vuestro pecho?
«¡Ay! cuarenta años de la vida mía
«He entre todos vosotros trabajado,
«Y de palabra y obra, cual debía,
«Unos á otros á amarse os he enseñado.

«¿Y aqueste es hoy de mi trabajo el fruto?
«Así rendís á vuestro Dios tributo?
«Así honráis mis vigilias y oraciones?
«¿De perdón y de amor dulce y clemente,
«Olvidásteis tan pronto las lecciones
«Que os diera con mi ejemplo eternamente?

«Si ésta es de Dios la célica morada,
«¿Cómo queréis dejarla profanada
«Con violentas contiendas, y abrigando
«El odio cruel que el corazón rebosa?
«¿No Cristo en esa cruz está mirando
«La escena con mirada pesarosa?

«Mirad aquellos ojos, ¡qué clemencia!
«¡Cuán dulce y sin igual benevolencia!
«¡Oid aquellos labios repitiendo:
«¡Perdónalos, Señor!» ¿Por qué no es dado,
«Contra el mal al hallarse combatiendo,
«El perdón demandar para el malvado?»

Pocas de reprensión sus frases fueron;
Pero de tal manera se impusieron
Sobre aquel pueblo, por demás sufrido,
Que después, sollozar doquier se oía,
Y el pueblo, del tumulto arrepentido,
«¡Perdónalos, oh Padre!» repetía.

De la tarde el servicio comenzóse;
Se encendieron los cirios, y unióse
Del sacerdote la oración ferviente
Á la del pueblo todo, que rezaba,
No con vanas palabras solamente,
Que su oración del corazón brotaba.

Luego, el *Avemaría,* arrodillados
Entonaron, de gozo transportados,
Elevando sus almas hasta el cielo
De la oración sobre las níveas alas,
Como ascendiera Elías en su vuelo
Á la región de las etéreas salas.

En tanto, por la aldea se esparcían
Y el dolor y el espanto difundían
De aquel mal tan cercano los rumores,
Y de una en otra casa, las esposas
De aquellos infelices labradores,
Erraban con sus hijas temerosas.

Por largo tiempo en el umbral, en vano,
Estuvo Evangelina, con la mano
Del sol los tiernos ojos protegiendo;
Que el sol que en el poniente se ocultaba,
Sus áureos resplandores esparciendo,
Los techos y las calles incendiaba.

Vióse, sobre la mesa aderezada,
Blanco como la nieve nunca hollada,
Largo tiempo el mantel, el pan sabroso,
La miel fragante con silvestres flores,
La jarra de cerveza, y oloroso
El queso que agradaba á los pastores.

Y en el extremo de la mesa estaba
El sillón que al labriego le gustaba.
Á su padre, en la puerta, Evangelina
Esperaba; entretanto en occidente
La tarde con su lumbre mortecina
Alargaba las sombras lentamente.

Pero más negra á un tiempo y más sombría
Otra sombra en su espíritu caía,
Mezcla confusa de temor y duelo,
Y un perfume dulcísimo, de su alma
Se levantaba, demandando al cielo
Amor y paz, resignación y calma.

Mas después, olvidando su tarea,
Atravesó por la desierta aldea
Para impartir consuelo á las mujeres
Que con sus hijos, de correr cansados,
Pensando en sus domésticos quehaceres,
Huian á través de los vallados.

En tanto, de los montes tras la cumbre
Hundióse el sol, con indecisa lumbre,
Aquella triste escena iluminando....
Después, ni un ruido en la campiña oyóse,
Y tan sólo en los aires resonando
El *Angelus* tristísimo escuchóse.

Mas luego, por las sombras protegida,
La pobre Evangelina, conmovida
Dirigióse á la iglesia y presurosa:
Silencio profundísimo reinaba,
Y en vano por las puertas, anhelosa
Quiso mirar ú oir: nada escuchaba.

Entonces, embargada por el llanto,
Entre las tumbas que temor y espanto
Ponen al pobre corazón medroso,
«Gabriel,» gritó, «Gabriel, esposo mío»....
Nada alteró el silencio tenebroso
De aquel recinto lóbrego y sombrío.

Al fin volvióse hacia su hogar desierto:
El fuego de la hornilla, casi muerto,
Bajo una capa de ceniza ardía,
Y sin probar, sobre la humilde mesa,
Del labrador la cena se veía.
Los cuartos todos en la sombra espesa

Obscuros y vacíos se miraban;
Negros fantasmas de terror flotaban
Al corazón cobarde amedrentado,
Y del cuarto en el duro pavimento
Tristemente se oían resonando
Los ecos de su andar pausado y lento.

Cuando la noche adelantado había,
Melancólica oyó cómo caía,
Con su ruido monótono y sonoro,
La lluvia que á intervalos azotaba,
Ya las hojas del verde sicomoro,
Ya la ventana que cerrada estaba.

Á veces, con sus látigos de fuego,
Brillaban los relámpagos, y luego,
Del ronco trueno que estallando aterra,
Se escuchaba la voz, que fragorosa
Recordaba que aun Dios sobre la tierra
Extendía su mano poderosa.

Entonces presentóse á su memoria
Aquella triste y memorable historia
De la estatua de bronce y la balanza
Que la justicia al inocente hacía,
Que alimentó de un pueblo la esperanza,
Y que el notario referido había.

Aquel recuerdo serenó su frente,
Y más feliz entonces, blandamente
Cerró el sueño sus párpados cansados;
Y durmió hasta que el sol en la mañana
Tras la cumbre se alzó de los collados,
Dorando el cielo con su luz temprana.

V

Cuatro veces el sol en occidente
Su disco hundió, y cuatro en el oriente
De nuevo alzóse; mas al quinto día,
Los gallos con su canto alegremente
Hicieron despertar, de la alquería
Antes de tiempo, á la dormida gente.

Y luego por los campos, agrupadas
En procesión tristísima, y calladas,
Del mar hacia la playa descendiendo,
Viéronse de la Acadia las mujeres,
En carros poderosos conduciendo
De sus casas los útiles y enseres.

Detenían su marcha vacilante
Por ver una vez más, un solo instante,
Aquellas chozas que dejaba abiertas
De su existencia el desgraciado sino,
Antes que fuesen á quedar cubiertas
Por las quiebras y bosques del camino.

Y todos, de las madres á los lados,
Y excitando á los bueyes retardados,
Descalzos los chicuelos caminaban;
Á la vez que sonrientes y contentos
En sus manos pequeñas apretaban
De sus juguetes, débiles fragmentos.

Así junto á las bocas se reunieron
Del Gaspereau; y amontonados fueron,
Aquí y allí, del mar en la ribera,
De una atroz confusión en los horrores,
Como nunca en su vida un pueblo viera,
Los enseres de aquellos labradores.

Transportando á los buques todo el día
Cuanto en la playa amontonado había,
Sin descanso los botes estuvieron;
Y sin dar una tregua á su tarea,
Los carros cargadísimos se vieron
Todo el día bajando de la aldea.

Mas cuando el sol, pasado el mediodía,
Ya próximo á su ocaso, se veía
Coronado de pálidos fulgores,
Desde el atrio del templo los acentos,
De los férreos y roncos atambores
Se escucharon llevados por los vientos.

Y de repente, las cerradas puertas
Fueron del templo con fragor abiertas:
Salió de allí la tropa y la siguieron
En larga fila, todos agrupados,
Aquellos acadienses, que sufrieron
Cautiverio tan duro, resignados.

Cual esos fatigados peregrinos
Que recorren, cantando, los caminos,
Y olvidan su aflicción y sus dolores,
Así entre sus familias, se veían,
Entonando un cantar, los labradores
Que del templo á la playa descendían.

Así tambien los jóvenes delante,
Con su voz, aunque trémula, vibrante,
Cantaban distrayendo su agonía:
«Oh corazón del Salvador! ¡Oh fuente!
Llena tú nuestro pecho en este día
De humildad y de amor santo y clemente.»

Los ancianos, al tiempo que marchaban,
Y también las mujeres, que se hallaban
De pie junto á los lados del camino,
Unieron sus plegarias y oraciones;
Y hasta las aves de canoro trino
Á las de ellas mezclaron sus canciones.

En la pendiente de la mar vecina,
Esperaba en silencio Evangelina,
Mas no vencida por la ruda pena,
Que de su agudo sufrimiento en la hora,
Con la conciencia de su mal, serena
Pudieron todos verla y seductora.

Y al ver pasar, de angustia palpitante,
La procesión sin término, el semblante
Pálido de Gabriel causóle espanto;
Honda herida sintió dentro su pecho,
Nubló sus ojos del dolor el llanto
Y hacia él partió su corazón deshecho.

Y estrechando sus manos con terneza,
Al doblar en sus hombros la cabeza,
Díjole sonriendo y al oído:
Nada temas, Gabriel, fiel he de serte;
Que, amándonos cual lo hemos prometido,
No podrá separarnos ni la muerte.

En seguida calló: lento á su lado
Vió á su padre llegar; ¡oh, cuán mudado
Estaba su semblante! Sus colores
Se veían marchitos por la pena,
Y de sus ojos negros, los fulgores
Nubló del llanto la copiosa vena.

En su andar se notaba que al anciano
Le agobiaba, con peso sobrehumano,
Más que la edad, que nuestra frente abate,
El corazón que, de dolor deshecho,
Después de tan durísimo combate,
Llevaba en agonía entre su pecho.

Mas ella, al verse de su padre enfrente,
Hacia él avalanzóse sonriente,
Tras de su cuello entrelazó su brazo,
Y conmovida, contemplando el cielo,
Le dijo, reclinada en su regazo,
Palabras de esperanza y de consuelo.

Entretanto, en la playa continuaba
El tumulto y desorden, que causaba
El embarque incesante de la gente;
Y cual nunca se vieron, recargados
Iban y regresaban lentamente
Los botes al transporte dedicados.

Y el desorden fué tal, que divididos
Fueron de sus esposas los maridos;
Y que las madres, junto al mar miraron
Á sus hijos, que solos, suplicantes,
Extendiendo los brazos, las llamaron,
El terror retratado en los semblantes.

Así cruelmente separados fueron,
Y á distintos navíos condujeron
Al herrero y Gabriel, mientras llorosa
Evangelina, de su padre asida,
Contemplaba en la playa, silenciosa,
Aquella horrenda y lúgubre partida.

Á la mitad llegaba la tarea,
Cuando el sol, tras las cumbres de la aldea,
Su disco hundió. Su resplandor escaso
Dejó un momento claridad dudosa;
Y el crepúsculo breve, hacia el ocaso,
Tiñó los cielos de carmín y rosa.

Huyó el mar de la costa prontamente,
Enfrenando el furor de su corriente,
Y dejó por la playa, descubierta,
Ancha faja de arena brilladora
De algas y conchas por doquier cubierta,
Y de cuanto la mar rica atesora.

Los botes encallados en la arena,
Después de interrumpida la faena,
De ir del río á la mar, del mar al río,
Cuando lentas las olas se alejaron
Con su ronco y salvaje murmurío,
Al suelo perezosos se inclinaron.

Y en medio de sus útiles y enseres,
Revueltos hombres, niños y mujeres,
Cual tropas en guerreros campamentos,
En las playas estaban acampados,
Con centinelas á su guarda atentos,
De toda fuga por el mar cortados.

Los ganados entonces, lentamente
De los cerros bajaban la pendiente,
Al descender la noche á la llanura,
Y en las ráfagas de aire se aspiraba
El fresco aroma de la leche pura
Que de las ubres llenas se exhalaba.

Largo tiempo mugiendo la vacada
Vueltas dió alrededor de la majada;
Y esperaron las vacas, mas en vano,
Que ni la voz de la lechera oyeron,
Ni la presión de su robusta mano
Para ordeñarlas dóciles sintieron.

Todo en silencio lánguido yacía:
Ni un leve paso resonar se oía;
Callaban en la torre las campanas;
No se elevaba el humo tras los techos
Ni brillar se veía en las ventanas
La alegre lumbre del hogar á trechos.

En tanto las familias sus hogueras
Encendían, del mar en las riberas,
Con palos que á las costas arrojados
Son por la mar que hierve embravecida,
Para gozar, á su alredor sentados,
Dulce el calor que á reposar convida.

Entonces se acogieron á la lumbre;
Y allí, de las hogueras al vislumbre,
Viéronse rostros llenos de tristeza:
Las mujeres absortas ya no hablaban,
Los hombres inclinaban la cabeza
Y los muchachos sin cesar gritaban.

Y de una hoguera en otra, su tarea
Cumpliendo con valor, cual si en la aldea
Fuera de casa en casa sin testigos,
El padre Feliciano, con ternura,
Solícito alentaba á sus amigos
En sus horribles horas de amargura.

Después, aproximándose á la hoguera,
Do á Evangelina con su padre viera,
Y al fulgor indeciso de la lumbre,
Que apenas débil, vacilante ardía,
Su rostro contempló; la pesadumbre
Más demacrado aparecer le hacía.

Y su hija Evangelina, inútilmente
Acariciaba su abatida frente;
En vano preparaba el alimento,
Que él con la vista, entre las llamas fija,
Indagaba con vago pensamiento,
El obscuro destino de su hija.

El sacerdote entonces, hacia el cielo
Levantando las manos y un consuelo
Al implorar para su tierno amigo,
Dijo con voz ahogada en la garganta:
«En el nombre de Dios, yo te bendigo;
Tu pensamiento hasta el Señor levanta.»

Más no pudo decir; que los lamentos
Brotaban de su pecho; sus acentos
Quedaron en sus labios, vacilantes,
Ante la escena de dolor que viera,
Como los pies de un niño, que anhelantes
Marchar ensayan por la vez primera.

Después, de Evangelina en la cabeza
Las manos puso, y con mortal tristeza
Llorando alzó á los cielos las miradas,
Do, ajenos al dolor, indiferentes
Al mal ó á la virtud, de luz orladas,
Brillaban las estrelles esplendentes.

De repente, hacia el Sur, como la llama
Color de sangre, que, al surgir derrama
La luna por la bóveda del cielo
En las noches de otoño, levantóse
Lumbre rojiza, que con raudo vuelo
Por rocas y cañadas difundióse.

Como titán que alzase sus cien manos
Al par sobre los montes y los llanos,
Sus fulgores la aldea iluminaban
Y la mar y los cielos y la tierra;
Y extendiéronse al fin á do se hallaban
Anclados los navíos de Inglaterra.

Columnas de humo negro, de los techos
Por el incendio rotos y deshechos,
Se elevaban en largas espirales;
Y las llamas inquietas y ardorosas
Pasaban al través de los corrales,
Cual las manos de un mártir temblorosas.

Arrebataba en su carrera el viento,
Y agitaba en los aires un momento,
Astillas de los techos desprendidas;
Y las lenguas rojísimas del fuego
Y las ráfagas del humo confundidas,
Ora apartaba ó enroscaba luego.

La multitud en tanto, en la cubierta
De los buques ingleses, ó en la abierta
Ribera de la mar, absorta, muda,
Contempló con terror aquella horrible
Tremenda escena que venganza ruda
Pudo sólo inspirar; más en terrible

Clamor confuso prorrumpió en seguida,
Por angustia mortal enardecida:
«Aunque á nosotros concedido sea
«Volver —dijeron— á los patrios lares,
«Ya nunca más en nuestra amada aldea
«Volveremos á ver nuestros hogares.»

Y cantar escuchóse en sus serrallos
Poco después los vigilantes gallos,
Que la luz del incendio confundiendo
Con el albor con que despierta el día,
Se enseñorearon del corral, creyendo
Que en los cielos del valle amanecía.

Y presto del ganado los balidos,
Por la alígera brisa recogidos,
Á través de las cumbres de los cerros,
Claros y resonantes se escucharon,
Mezclados al aullido de los perros
Que vagabundos por doquier ladraron.

Tal como en las sabanas y praderas,
Que se hallan del Nebraska en las riberas,
En medio del dormido campamento,
El espanto en las almas engendrando
Los caballos salvajes, como el viento
Pasan despavoridos relinchando;

Y rebaños de búfalos al río
Se precipitan con fragor y brío,
Así, despedazando los vallados,
Corriendo hacia los bosques, se veían
Atravesar sin dueño, los ganados
Que del incendio rápidos huían.

En tanto, Evangelina, silenciosa
Del mar en la ribera, aquella odiosa
Escena inconcebible contemplaba,
Apoyada en el padre Feliciano;
Mas los dos, al volverse do se hallaba
Meditabundo el venerable anciano,

Sobre playa inmóvil extendido,
Entre la arena su semblante hundido,
Rígido y sin aliento lo encontraron;
Que, devorado por pesar profundo,
Cuando vigor y fuerzas le faltaron,
Desplomóse en la playa moribundo.

El sacerdote al punto, blandamente
De entre la arena levantó su frente
Sobre los hombros débiles caída,
Y Evangelina, trémula, llorosa,
Por el dolor y su pesar vencida,
Se arrodilló á su lado cariñosa.

Mas entonces, ahogada por la pena
Que la garganta anuda y encadena,
Ella á su vez, en el espacio estrecho
Que á los pobres de tienda les servía,
Hundida la cabeza sobre el pecho,
Cayó junto á su padre en agonía.

Toda la noche, aletargada, inerte,
Luchando en el silencio con la muerte,
Sobre la playa Evangelina estuvo;
Mas al volver del sueño prolongado
En que el violento ataque la mantuvo,
Pudo ver, de rodillas á su lado,

Semblantes conocidos, que un consuelo
Deseaban impartirle, y con anhelo
La miraban y lánguida tristeza,
Sobrecogidos de terror y espanto,
Inclinada sobre ella la cabeza
Y los ojos nublados por el llanto.

Todavía mirábase á lo lejos,
Del incendio voraz á los reflejos,
Iluminada la desierta aldea,
Que entre la llama y la ceniza ardía,
Y del color de la encendida tea,
Desde la playa el cielo se veía.

Entonces una voz, que muchas veces
Hacia los cielos elevó sus preces
Por ella y por sus padres, y que le era
Familiar en extremo, oyó pausada,
Á la gente que estaba en la ribera,
Decir, por la congoja emocionada:

—«Junto al mar enterrémosle, señores;
«Cuando tiempos felices y mejores,
«De la tierra ignorada adonde iremos,
«Nos vuelvan otra vez á nuestros lares,
«Sus restos venerables guardaremos
«De nuestro templo al pie de los altares.»

Y después, sin responsos ni plegarias,
Teniendo por antorchas funerarias
Las llamas del incendio, levantaron,
De aquel labriego tan sencillo y bueno,
El cuerpo inanimado, y lo arrojaron
De aquella playa en el abierto seno.

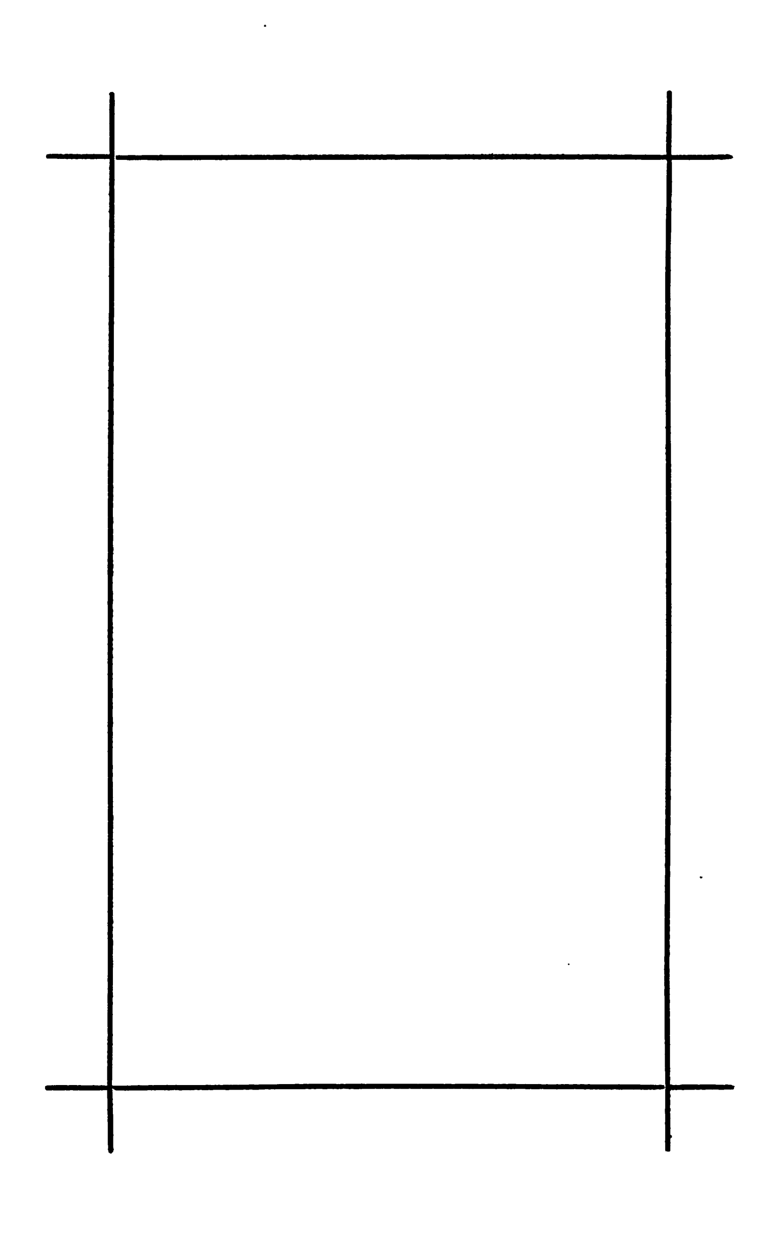
Y el padre Feliciano, entristecido
Al ver bajo la tierra sumergido
Á aquel honrado y venerable anciano,
Á sus rezos piadosos entregóse,
Y la voz resonante del oceano
Á sus plegarias férvidas mezclóse.

Cuando en los cielos, al siguiente día
Resplandeciente el sol aparecía,
Volvió á crecer el mar, y á las riberas
Que los vientos marinos refrescaban,
Hinchadas, turbulentas, vocingleras,
Las olas espumosas se acercaban.

En seguida, el embarque prosiguióse;
La muchedumbre dócil, agolpóse
Junto á los botes, al peligro alerta;
Pero término al dar á su jornada,
De cada buque inglés en la cubierta,
Vióse la multitud amontonada.

Entonces el velamen desplegando,
La escuadra inglesa se alejó, dejando
Al partir, á favor de la marea,
Aquella playa en tumba convertida,
Y aquella alegre y pintoresca aldea,
Á humeantes escombros reducida.

SEGUNDA PARTE



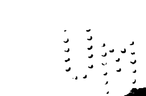


SEGUNDA PARTE

I

Muchos y tristes años transcurrieron
Desde el día nefasto en que partieron
Los buques, al favor de la marea,
Llevando á una Nación infortunada
Á destierro sin fin, y aquella aldea
Dejando por el fuego devorada.

Sobre playas distintas, la acadiense
Tribu desparramada fué; cual vense
Dispersarse, si el viento se alborota,
Los tenues copos de la nieve, blancos,
Á través de la niebla que encapota
De Terranova los temidos Bancos.



Así los acadienses, errabundos
De ciudad en ciudad, de los profundos
Lagos del Septentrión, á las sabanas
Que por el sur se extienden ardorosas
Y de las costas de la mar, lejanas,
Á las frígidas tierras arenosas,

Do el Padre de las aguas, turbulento
Arranca las montañas de su asiento
Y las lleva arrastrando hasta los mares,
Y en lo profundo, del mamouth entierra
Los huesos, sin parientes, sin hogares,
Andaban dispersados por la tierra.

Hogar buscaban por doquier y amigos
Al huir de sus crueles enemigos;
Y cuando muchos, ya desesperados,
Pedazos hecho el corazon sentían,
Creyéndose de Dios desamparados,
Sólo una tumba al porvenir pedían.

¡Del pueblo aquel la historia pesarosa
Quedó gravada en la sencilla losa
Que las tumbas señala! Una doncella
Vióse entre todos, que con fe esperaba,
De espíritu tan dulce, que la huella
De su dolor á todos ocultaba.

Joven era y gentil; mas tenebroso
De su vida el desierto silencioso
Se extendía á su vista, y una huella
De sepulcros marcaba su camino
(De sepulcros de quienes, antes que ella,
Sufrieron y lloraron su destino),

Cual se ve del oeste en el desierto
Del emigrante el paradero incierto,
Á intervalos marcado por hogueras,
Á cenizas del todo reducidas,
Y osamentas que al aire, en las praderas
Brillan del sol por el fulgor heridas.

Algo en su vida de incompleto había
Y algo de inacabado se veía,
Cual mañana de Junio que irradiase
Del sol con los más vívidos fulgores,
Y al punto detenida, regresase
Al oriente á apagar sus resplandores.

Á menudo su marcha presurosa
Detenía en los pueblos; pero ansiosa
Por su fiebre de amores espoliada,
Cansada de esperar, y ambicionando
Ver la sed de su espíritu saciada,
Proseguía, sus buscas redoblando.

Otras veces amaba en el misterio
De algún triste y humilde cementerio,
Cabe anónima tumba, conmovida,
Ya contemplar las cruces de madera,
Ó pensar que en su seno, en la otra vida,
Eterno sueño su Gabriel durmiera.

Á veces un rumor, un cuchicheo,
Leve susurro que fingió el deseo,
Le decían callados al oído
Que aún Gabriel para su amor vivía,
Y que siguiendo tras su huella, un nido
Para los dos tal vez encontraría.

Otras veces habló con los amigos,
Que de su amor y su amistad testigos,
Adorada otro tiempo la miraron
Y á su Gabriel amante conocieron....
Mas aquellas escenas se olvidaron....
Las horas del placer por siempre huyeron!

—«Gabriel de Lajeunesse,» unos decían.
«¡Oh, sí, sí, lo hemos visto! repetían;
«Él está con Basilio; pero han ido
«Los dos á las praderas; cazadores
«Y guarda-bosques son, y aun han podido
«Fama tener de expertos lazadores.»

—«Gabriel de Lajeunesse, otros hablaban.
«¡Oh, sí, sí, lo hemos visto! le agregaban;
«Viajero es él que sin cesar recorre
«De la Luisiana fértil el bajío,
«Por cuyas tierras caudaloso corre
«Un anchuroso y pintoresco río.

—«Pero entonces, ¿por qué tan afligida,
«Á él esperando pasarás tu vida?—
«Todos la preguntaban;— ¿no has hallado
«Jóvenes que, como él, hermosos fueran?
«Corazones amantes no has mirado
«Que su ternura y su lealtad tuvieran?

«Vé á Bautista Leblanc, ¡cuán largos años,
«Sufriendo sus pasados desengaños,
«Te ha amado con pasión! Si, divididos,
«Tú no has de ser feliz, ni él venturoso,
«Dale tu mano; que por siempre unidos,
«Dichosa serás tú como él dichoso.

«Teniendo tu hermosura peregrina,
«Tú no puedes quedarte, Evangelina,
«Para ir á vestir santos, ¡imposible!»
Mas ella, que de pronto se inmutaba,
Resignada y serena, —«no es posible,
«Eso no puede ser,»— les contestaba.

Donde va el corazón, sigue la mano,
Que cuando amante el corazón humano
Alumbra cual fanal de luz intensa
De la vida el sendero, muchas cosas
Que antes obscureció la sombra densa,
Al fin tórnanse claras, luminosas.

El sacerdote, entonces, que su amigo,
Su confesor, su padre y el testigo
De su desdicha y sufrimientos fuera,
Con su dulce sonrisa le decía:
—«Sólo, sólo tu Dios de esta manera
«Puede hablar por tus labios, hija mía;

«De acallar tu pasión no hable tu lengua,
«Que esa dulce afección nunca se amengua;
«Si no enriquece al corazón ajeno,
«Sus aguas, cual la lluvia, dulcemente
«Refrescarán su primitivo seno;
«Lo que la fuente da, vuelve á la fuente.

«Cumple tu obra de amor y de confianza,
«Termina tu labor, ten esperanza;
«Que aunque el silencio con la angustia abate
«Tu pobre corazón, Evangelina,
«La paciencia que sufre y que combate,
«Tiene algo de celeste y de divina.

«Cumple tu obra de amor, hasta que veas
«Divinizarse el corazón, y seas
«Ya de toda maldad purificada,
«Mujer perfecta, de virtud modelo,
«Y puedas, para Dios reconquistada,
«Más digna ser de merecer el cielo.»

Alentada por él de esta manera,
Ella esperaba, aun cuando en vano fuera.
En su alma noble, del oceano á veces
El rumor funeral triste se oía,
Pero una voz mezclada á aquellas preces,
«No desesperes nunca,» le decía.

Así aquella alma, cuanto noble, pura,
Erraba sin consuelo, á la ventura,
De su existencia triste atravesando
La senda llena por doquier de abrojos,
Roto y deshecho el corazón llevando,
Y empapados en lágrimas los ojos.

Déjame, ¡oh Musa! la errabunda huella
Por doquiera seguir de la doncella;
No de su vida el áspero sendero
Siguiendo año tras año diligente,
Sino cual por los valles, un viajero
Sigue de un arroyuelo la corriente:

Ya de su margen caminando lejos,
Ya viendo de sus aguas los reflejos,
Ya cerca, y aunque oculto entre el ramaje,
Escuchando su eterno murmurío.
¡Feliz viajero el que encontró el paraje
Donde el arroyo desemboca al río!

II

Érase el mes de Mayo. Asaz ligera,
Pasada del Ohío la ribera,
Y las bocas del Wábash, resbalaba
Del ancho Mississipi en la corriente
Ruda y fuerte canoa, que guiaba
Con mano experta la acadiense gente.

Sólo era un grupo aquel de desterrados
Que, cual si fueran restos dispersados
De una nación en el naufragio un día,
Por sus creencias y el dolor unidos,
Á la ventura erraban, á porfía
Por extranjeras brisas impelidos.

Hombres, mujeres, niños que buscaban,
Por la fe y esperanza que abrigaban,
Al través de las fértiles praderas
Que el Opelousas esmaltó de flores,
Ó lejos, de la Acadia en las riberas,
Sus parientes y amigos labradores.

Iba allí Evangelina, en compañía
Del padre Feliciano, de ella el guía.
Por desiertos, que bosques sombrearon,
Avanzando con ímpetu violento,
Uno tras otro día navegaron
Hacia abajo del río turbulento;

Y una noche tras otra, en las riberas
Durmieron al calor de sus hogueras.
Entre islas, do el vellón, cual blanca pluma
Sacudió el algodón, ó de un torrente,
Atravesando la impalpable bruma,
Marcharon á merced de la corriente.

Al fin, tras largo navegar, salieron
Á las anchas lagunas, donde vieron
De un arenal los argentinos bancos,
Quietos entre las aguas, y en la orilla,
Bandadas de pelícanos tan blancos
Cual alba nieve que á lo lejos brilla.

En el bello y magnífico paisaje
De la margen del río, entre el follaje
De árboles tropicales, rodeadas
De espléndidos jardines, se veían,
El alto palomar y las moradas
Do el negro fiel y su señor vivían.

Iban ya aproximándose al bajío
Do eterno reina, abrasador estío,
Do atravesando por la Costa de Oro,
Entre bosques de cidra y naranjales,
Aleja el río su raudal sonoro
Para bañar las playas orientales.

Apenas de su margen apartados,
Cuando de pronto viéronse extraviados
Sobre aguas perezosas y dormidas,
Que como malla de brillante acero,
En todas direcciones extendidas,
La corriente ocultaban al remero.

Sobre de sus cabezas se elevaban
Y aéreos arcos al azar formaban,
Las ramas de ciprés, que suspendían
De heno verde torcidas espirales,
Como aquellas banderas que pendían
De los muros de antiguas catedrales.

Silencio al de la muerte parecido,
Reinaba alrededor, interrumpido
Tan sólo por las garzas, que volando
Al cedral regresaban á ocultarse,
Ó por hórrido buho, que graznando
Saludaba la luna al levantarse.

La luna melancólica se alzaba
Y su luz en las aguas reflejaba,
Filtrándose al través de la verdura
De cedros y cipreses cimbradores,
Cual pasan á través de la hendidura
De abandonadas ruinas, sus fulgores.

Soñoliento y distinto aparecía
Todo cuanto á sus ojos se extendía;
Y á un sentimiento vago de tristeza,
Que en esa soledad les inspiraba
Tan variada y feraz naturaleza,
Atroz presentimiento se mezclaba.

Tal como las pisadas escuchando,
De un corcel sobre el césped galopando,
Aun creciendo á lo lejos, la mimosa
Plega sus hojas y su cáliz cierra,
Así al mirar el alma pesarosa
Cuanto de malo el porvenir encierra,

Cuando los golpes del destino aguarda,
Como esa flor se encoje y se acobarda.
Por el alma pasó de Evangelina,
En sus ensueños cándidos de amores,
Una visión fantástica y divina
Que hablaba de la luna en los fulgores.

La forma de un fantasma, en un momento
Revestía su propio pensamiento.
Por aquella región, aunque ignorado,
Antes que ella, Gabriel vagado había,
Y á su entender, más cerca de su lado
Cada golpe de remo la ponía.

Entonces, balanceando la canoa,
Levantóse un remero por la proa,
Y como una señal, si por acaso
Otro con rumbo opuesto navegaba,
La corneta sonó que de su paso
El peligro en las sombras anunciaba.

Del cuerno del remero, los clamores
Entre aquellos silvestres corredores
Y obscuras columnatas se esparcieron,
Cada vez más suaves resonando,
Y lengua y voces á la selva dieron
De la noche el silencio perturbando.

Sobre ellos se agitaron silenciosas
Del heno las banderas olorosas;
Y los ecos distantes, repetidos
Del uno al otro bosque, por momentos
Escuchándose fueron adormidos
Resonar como flébiles lamentos.

Mas ni una voz á su clamor unióse,
Ni una respuesta entre la sombra oyóse;
Y después que los ecos acallados
Perdiéronse en el bosque tenebroso,
Al redor de los pobres desterrados
Todo quedó más triste y silencioso.

El padre así, y la joven se durmieron,
É incansables los bogas prosiguieron
Remando sin cesar la noche entera,
Ya entonando dulcísimas canciones,
Cual otro tiempo en su natal ribera,
Ya guardando silencio en ocasiones.

En la noche, entretanto, resonaban
Los ruidos del desierto, y se escuchaban,
Con aquellos rumores confundidos,
Quejas del viento entre la selva umbría,
Del lagarto los hórridos rugidos,
De las grullas la ronca gritería.

Pero las sombras de la noche huyeron,
Y en la mañana, alborozados vieron,
Como al través de gasa de colores,
Del horizonte en los contornos vagos,
Que bañaran del sol los resplandores
De Atchafalaya, los azules lagos.

En la corriente que al bogar hacían
Los remos que al unísono se hundían,
Mil acuáticos lirios resbalaban,
Y los lotos, radiantes de belleza,
Sus doradas coronas levantaban
Rozando á los remeros la cabeza.

Cuando del sol la lumbre abrasadora,
Al acercarse de la siesta la hora,
Brillaba ardiente en el zenit, el viento
Al pasar, por los bosques refrescado,
Llegaba dulce y apacible y lento,
Por las blancas magnolias perfumado.

Entonces, ofreciendo á su fatiga
Sueño reparador, la playa amiga
De innúmeros islotes divisaron,
Donde con rica profusión las rosas,
Que en vallados y setos se enredaron,
Diéronse allí silvestres y olorosas.

Del tronco de un sauz, que en la corriente
Su ramaje mojaba, fuertemente
Amarraron su bote, y esparcidos
Sobre del verde césped, do extendieron
Sus miembros de fatiga entumecidos,
Los viajeros cansados se durmieron.

Fresca sombra sobre ellos extendía
La ancha copa de un cedro, y á porfía
Las uvas y lignonias, enlazando
Sus pámpanos y ramas, se colgaban
Como una escala de Jacob formando,
Do en lugar de los ángeles trepaban

Graciosos colibríes de colores
Que las mieles libaban de las flores
En su incesante y caprichoso giro.
Esa fué la visión que Evangelina,
Al dormirse en tan poético retiro,
Miró á su vista aparecer divina.

Llena estaba de amor su joven alma,
Y de su sueño en la profunda calma
De un cielo abierto, el resplandor dudoso
Iluminó su espíritu dormido,
Llevándole un reflejo luminoso
De apartadas regiones desprendido......

Más cerca cada vez, y de los varios
Selváticos islotes solitarios
Las márgenes rozando, rauda huia,
Impulsada con fuerza, una canoa,
Que un grupo de remeros conducía
Tendiendo al frío Septentrión la proa;

A do crecen bisontes y castores,
Juntos iban expertos cazadores.
Cabe la popa y al timón sentado,
El semblante afligido y pesaroso,
De quien va con sus penas preocupado,
Se hallaba un joven de apariencia hermoso.

Caían en desorden negligente
Sus negros rizos sobre la ancha frente,
Al inclinar su lánguida cabeza;
Y en su rostro, pintado se veía
Profundo sentimiento de tristeza
Que á sus tempranos años excedía.

Era el joven, Gabriel, que desdichado
Y de esperar y de sufrir cansado,
En los campos salvajes de occidente,
Por el dolor y el desengaño herido,
Queriendo ser á todo indiferente,
Buscaba de sus penas el olvido.

Como su bote sin cesar marchaba
De la isla á sotavento, do se hallaba
Gigantesca muralla de palmeros,
Ver no pudieron del opuesto lado,
Ni Gabriel ni sus cautos compañeros,
El bote entre los sauces amarrado.

Y los otros, cansados y dormidos
De aquellos remos entre el agua hundidos,
No escucharon los ecos, ni del cielo
Hubo un ángel de Dios que descendiera,
Y á aquella niña de virtud modelo
De su letargo despertar hiciera.

Pero después que del palmar distantes
Los ecos de los remos resonantes,
Casi extinguidos por azar se oyeron,
Cual por resorte mágico tocados,
Despiertos todos á la par se vieron
Aquellos infelices desterrados.

La niña, entonces, suspirando dijo:
«¡Ay! padre mío, mi Gabriel de fijo
Debe cerca de mí vagar errante
Por este triste y lúgubre desierto;
Algo le dice el corazón amante
Que este delirio de la mente es cierto.»

«¿Será superstición? ¿será locura?
¿Será sueño tal vez? ó ¿por ventura,
Compadecido Dios de mis dolores,
Habrá algún ángel desde el cielo enviado
Á hablarme de Gabriel y sus amores,
Y él á mi alma lo hubiese revelado?»

De su creencia luego arrepentida,
Prosiguió, ruborosa y conmovida:
—«¡Oh que crédula soy!... Para un oído
Experto como el tuyo, nada valen
Las palabras vacías de sentido
Que de mis labios temblorosos salen.»

—«No es cierto, niña, lo que estás diciendo,
Respondióle el anciano sonriendo;—
No puede ser inútil tu palabra,
Ni de sentido parecer vacía,
Cuando ella sola tu contento labra.
Son profundas tus penas, hija mía,

«Mas la palabra que sobre ellas flota,
Es cual las boyas que la mar azota
Y de las anclas el lugar revelan;
Cree, pues, en tus propias emociones
Y en esos sueños que tu afán consuelan,
Que en el mundo se llaman ilusiones.

«Él se halla junto á tí, sin duda alguna.
No lejos, hacia el sur, tras la laguna,
Do los bancos de Teche se levantan,
Y de San Mauro y San Martín se miran
Las dos ciudades que la vista encantan
Y que contento al corazón inspiran.

«El novio, fiel á su pasión, constante,
Será devuelto á la errabunda amante,
Y el ausente pastor de largos años
Ha de tornar á su redil primero,
Y otra vez en los campos, sus rebaños
Podrá cuidar con diligente esmero.

«En sus bosques y selvas sólo encierra
Árboles tropicales esa tierra;
Jardín de flores nos parece el suelo,
Por arroyos de plata embellecido,
Y el más azul y esplendoroso cielo
Se ve sobre esas selvas suspendido.

«Los buenos y felices labradores,
Que son de aquella tierra moradores,
En su lenguaje pintoresco y vivo,
Que con lo bello del lugar se hermana,
Le llaman siempre á su país nativo,
«El Edén encantado de Luisiana.»

Cuando el cura calló, se levantaron,
Y el fatigoso viaje continuaron.
Triste llegó la tarde: en occidente
El sol engrandecido descendía,
Y un rayo de oro de su luz ardiente
Por los campos, alegre, se extendía.

De blanca niebla los flotantes velos
Á lo alto se elevaron, y los cielos,
Las aguas y los bosques, confundidos
Del sol ante los últimos fulgores,
Cual si estuvieran por su luz unidos,
Brillaron con dudosos resplandores.

———

Flotando entre dos cielos, como nube
De plata orlada que en los aires sube,
Así flotaba el bote, que ligero,
Por sus remos sonantes impulsado,
Cruzaba sobre el líquido sendero,
En sus ondas tranquilas retratado.

———

Lleno de una emoción dulce y divina
Estaba el corazón de Evangelina,
Y cual mágico hechizo, se miraban
Las fuentes de su casto sentimiento,
Que con la llama del amor brillaban,
Cual brillaba sobre ella el firmamento.

———

Entonces, desde un bosque no lejano,
El cantor de las selvas soberano
Su vuelo levantó, para posarse
En la rama de un sauce, que sombrío
Miraba su follaje reflejarse
Sobre las aguas del sereno río.

Después, desde la rama cimbradora,
Tal torrente de música sonora
Lanzó á los aires su argentino acento,
Que quietos y callados se quedaron
El bosque, el agua y el alado viento,
Cuando sus cantos dulces escucharon;

Fueron primero dulces y quejosos,
Mas después que sus cantos, rumorosos
Del bosque en lo profundo se perdieron,
Se tornaron en himnos resonantes
Que, por los aires al cruzar, se oyeron
Cual himnos de frenéticas bacantes.

Luego, se oyeron sus sonoros trinos
Como triste lamento, en los vecinos
Bosques de alrededor, y desatando
Su lengua al fin, en argentinas notas,
De entre las ramas se alejó, volando
Á otras playas distantes y remotas,

Como tras ruda tempestad, el viento
Entre las selvas al huir, violento,
Derrama con sonoro murmurío,
Sacudiendo las hojas del ramaje,
Las cascadas de perlas del rocío
Con que la lluvia coronó el follaje.

De tan gratas y puras emociones
Llenos los palpitantes corazones,
Al fin de Teche á la regiôn entraron,
Por cuyos campos, la fugaz corriente
Del hermoso Opelousas contemplaron.
El aire estaba azul y trasparente;

Tras las cimas del bosque se elevaba
Blanca columna de humo, que brotaba
De las vecinas chozas, y se oían
De pastoriles cuernos los gemidos,
Y los ecos del bosque repetían
Del errante ganado los balidos.

III

Junto al río, por robles sombreado,
En cuya rama el muérdago sagrado
Sus guirnaldas flotantes enredaba,
Como aquellas que, verdes, el Druida
Con hacha de oro en Navidad cortaba,
La casa del pastor vése escondida.

Bello jardín de tropicales flores,
Que en el aire esparcían sus olores,
Se hallaba alrededor, y era la casa,
Hecha de la durísima madera
Del tronco del ciprés, que nunca escasa
De aquel país en las montañas era.

Era su techo bajo y extendido,
Por airosas columnas sostenido.
En torno de la casa, se veía
Un ancho y sencillísimo enverjado,
Donde la vid sus pámpanos tendía,
Y de bellos rosales rodeado.

Allí los chupamirtos, las abejas,
Zumbaban sin cesar, y tras las rejas
En cada extremo de la casa, estaban
Suspendidos graciosos palomares,
Cual símbolos de amor, do se escuchaban
De las blancas palomas los cantares;

Allí, al par que sus tiernos galanteos,
Mirábanse sus justas y torneos.
Todo en silencio lánguido yacía:
Por la cima del bosque, esplendorosa
La última luz del sol aparecía:
Mas envuelta por sombra tenebrosa

La misma casa del pastor se hallaba.
Encima de su techo se elevaba,
Brotando de la obscura chimenea,
Blanca columna de humo, pregonando
La dulce paz que al labrador recrea
Que vive entre las selvas trabajando;

Y del jardín tras la enrejada puerta,
Angosta vía, en la espesura abierta
Bajo robles gigantes discurría
Hasta llegar al fin de la llanura,
Donde el sol á su ocaso descendía
Dorando el cielo con su lumbre pura.

Donde el bosque lejano comenzaba
Y la pradera término alcanzaba,
Sobre un caballo de color tostado,
En la silla española, á lo ranchero,
Se hallaba el dueño del lugar, sentado,
Con su polaina y su gabán de cuero.

Bajo el ancho sombrero que lucía,
Propio para un país del Mediodía,
Su rostro alzaba de color trigueño,
Mudo admirando la tranquila escena
Con la mirada señorial del dueño,
En esa tarde plácida y serena.

Á su alrededor, innúmeros ganados
Paciendo se miraban en los prados,
Ó el vapor aspirando, que del río
Se elevaba impregnado de frescura
Y que en aquella tarde del estío
Llenaba el bosque, con su esencia pura.

Luego, tomando el cuerno que al costado
Llevaba siempre á la labor, colgado,
Dentro su pecho recogió el aliento,
Un ruido sordo resonar oyóse,
Y soplo dulce de apacible viento
Los ecos todos, al pasar llevóse.

Como espuma del mar en la corriente,
Entre zarzas y yerbas prontamente,
Los ganados sus cuernos levantaron,
Ûn momento de pie se mantuvieron,
Y después por los campos se alejaron
Y entre nubes de polvo se perdieron.

Como el pastor del campo regresara,
Del jardín en la puerta, vió la cara
Franca y noble del cura, que á encontrarle
Con la niña avanzaba, y arrojando
Las riendas del corcel, corrió á abrazarle,
De asombro y de contento palpitando.

Cuando ellos á su vez su rostro vieron,
Á Basilio al instante conocieron,
Y por el gozo y el placer vencidos,
En dulce estrecho y prolongado abrazo,
Viéronse el cura y la doncella unidos
Del anciano Basilio en el regazo.

Bajo enramada de fragantes rosas,
Preguntas y respuestas numerosas
Mutuamente los tres se dirigieron;
Diéronse parabienes afectuosos,
Y unas veces lloraron ó rieron
Absortos, pensativos, silenciosos.

Mas en tanto, Gabriel no aparecía,
Y como nube de dolor, sombría,
De Evangelina el alma amedrentaba
Fatídico y tenaz presentimiento.
Basilio, á quien la pena embarazaba,
Les dijo al fin con tembloroso acento:

«¿Si vosotros venís de Atchafataya,
Cómo no habéis en su desierta playa
De mi caro Gabriel el bote hallado,
Si él por esas lagunas se encamina?»
Cuando el viejo de hablar hubo acabado,
Muda quedó de asombro Evangelina.

¿Ha partido Gabriel? ¿Gabriel se ha ido?
Murmuró con acento conmovido
Ocultando su rostro; acerbo llanto
Nubló sus ojos y embargó su acento;
Reinó luego el silencio, y entretanto
Sólo se oyó tristísimo lamento.

Al fin dijo Basilio: «no, hija mía,
Debes estar contenta; en este día
Ha tan sólo partido: ¡si es un loco!
¡Ya viejo como estoy, abandonarme
Sin que se le importara nada ó poco,
Con mis ganados por aquí dejarme!»

«Pero abatido y agobiado el pecho,
Ya más no pudo soportar lo estrecho
De esta quieta y pacífica existencia;
Pensando siempre en ti, siempre angustiado,
Sólo hablando de ti, su única creencia......
Así ha su vida el infeliz pasado;»

«Y al fin logró ya ser tan fastidioso
Para hombres y mujeres, y aun tedioso
Á la vez para mí, que fué preciso
Que á la aldea de Adayes se marchara
Á comerciar en mulas; mi permiso
Imposible fué ya que le negara.»

«De los indios las huellas persiguiendo,
Ó á las montañas del Ozark subiendo,
Su afán divertirá, me dije un día:
Ya lazará en el río los castores,
Ó irá por pieles á la selva umbría
Ayudado de expertos cazadores.»

«Ten, pues, ánimo, niña; del amante
Seguiremos las huellas, que distante
No se debe encontrar de nuestro lado;
Él no marcha á favor de la corriente,
Y ya parece que por fin el hado
Hoy se torna benéfico y clemente.»

«Cuando el brillante sol, en la mañana
El cielo dore con su luz temprana,
Juntos le seguiremos, hija mía;
Que hemos de hallarle, por mi bien lo espero,
Y al fin tú y yo tendremos la alegría
De volverlo á la casa prisionero.»

Entonces por las márgenes del río
Oyeron un alegre vocerío,
Y hacia la margen al volver la vista,
Con asombro y placer fueron testigos
De que á Miguel, el viejo violinista,
En brazos trasportaban sus amigos.

Del herrero Basilio, bajo el techo
Vivía el violinista satisfecho
Cual dios en el Olimpo respetado,
Pues siendo ya por su violín, famoso,
Sólo estaba en las tardes obligado
El violín á tocarles, melodioso.

¡Viva el bravo Miguel! ¡viva! gritaba
Nuestro acadiense ministril, y andaba
En procesión triunfal la campesina
Gente en los brazos á Miguel llevando.
Entonces con el cura, Evangelina
El paso presuroso adelantando,

Hasta Miguel llegóse, para darle
Un grato parabién y saludarle.
Á la sazón, Basilio, de su asiento
Saltando conmovido, agasajaba
Á todos sus amigos, y contento
Á las madres é hijas abrazaba.

Muchos de ellos juzgaron maravilla
La salud del herrero, su sencilla
Morada patriarcal y los ganados
Que en todos sus dominios esparcidos
Eran sin gran trabajo custodiados
Y por un hombre sólo poseídos;

Y otros, maravillados parecieron
Cuando los cuentos de su labio oyeron,
De aquel suelo alabando la riqueza,
El dulce clima y los extensos prados,
Obra de la feraz naturaleza,
Donde andaban errantes los ganados,

Ganados que primero poseía
El que lazarlos al huir podía.
(Todos en su interior imaginaron,
Cuando de oir sus cuentos concluyeron,
Comenzar cual los otros empezaron
Y hacer lo que ellos al principio hicieron).

Ascendiendo después, de la escalera
Los cómodos peldaños de madera,
Entraron todos al salón; servida,
Esperando tan sólo su llegada,
Estaba de Basilio la comida
Como nunca sabrosa y regalada.

Al sentarse contentos á la mesa,
Cayó la sombra de la noche espesa;
La huerta estaba bella y silenciosa,
É iluminando á trechos el paisaje,
Coronada de estrellas, fulgurosa,
Se vió surgir la luna entre el follaje.

Pero más luminosos se miraban
Y más brillantes que la luna estaban
Los rostros amistosos que reían
Alredor de la lámpara reunidos,
Y que por vez primera se veían
Por Basilio en la mesa presididos.

Sin alterar Basilio su costumbre,
Prendió su pipa en la encendida lumbre;
Y el corazón vaciando como el vino
Con profusión, como jamás lo hiciera,
Á todos les habló, cual de contino,
Jovial y decidor, de esta manera:

«Bienvenidos seais, amigos míos,
Vosotros que por mares y por ríos,
Sin patria y sin hogar, con suerte escasa,
Habéis errado por tan luengos años;
Bienvenidos seais á nuestra casa
Á olvidar los pasados desengaños.»

«Jamás en estas tierras, el invierno,
Que en otras es asolador y eterno,
Ha, cual los ríos, nuestra sangre helado;
Ni suelo pedregoso, sus pesares
Redobló al labrador, que aquí el arado
Corre como una quilla entre los mares.»

«Todo el año se ven en dondequiera
Los naranjos en flor, y en la pradera,
Más que de nuestra Acadia en el verano,
En una sola noche el césped crece.
De la selva en el límite lejano,
Que pasto y agua en abundancia ofrece,»

«Pacen greyes salvajes y sin cuento
Que no tienen señor. En un momento,
Con quererlo, sois dueños de la tierra;
No es en los bosques la madera escasa,
Y basta apenas poseer la sierra
Para cortarla y fabricar la casa.»

Y cuando ella los bosques hermosea
Y en el campo la espiga amarillea,
Nunca el rey Jorge de Inglaterra, viene
De nuestro pobre hogar á arrebatarnos,
No en prisiones cautivos nos mantiene
Ni llega nuestras chozas á incendiarnos.»

Hablando así, colérico tornóse;
Su puño hirió la mesa, é inmutóse
La multitud que el caso presenciara.
El padre Feliciano quedó mudo,
Y el rapé que en los dedos levantara
Aproximarse á la nariz no pudo.

El herrero Basilio, continuando,
Dijo de nuevo con acento blando:
—«Cuidado con las fiebres, hijos míos;
Que una vez en los campos atrapadas
Ya no se curan como en climas fríos,
Con arañas en nueces encerradas.»

Entonces á la puerta se escucharon
Palabras que vibrantes resonaron,
Y en los anchos peldaños de madera
Las pisadas monótonas se oyeron
De aquellos que, pasando la escalera,
Sin anunciarse hasta el salón subieron.

Eran criollos vecinos, cazadores,
Y algunos acadienses labradores
Que, á tiempo por los otros avisados,
Llegaban del pastor á la morada
Para pasar, en ella congregados,
Agradable y magnífica velada.

Fué alegre la reunión de los paisanos;
Mutuamente estrecháronse las manos
Y se dieron abrazos los amigos,
Y aquellos que antes fueran extranjeros,
De la dicha común siendo testigos,
Trocáronse en afables compañeros.

Después, se oyó tras la pared cercana,
Resonar la armonía soberana
Que Miguel á las cuerdas, dulcemente
Del violín arrancara, y presurosa
Ante aquella señal, toda la gente
Cesó de hablar y se marchó afanosa.

Como niños de gozo trasportados
Y de todos sus males olvidados,
De loca danza al dulce remolino
Se entregaron alegres y dichosos,
Los ojos fulgurantes, y sin tino
Los trajes arrastrándose ruidosos.

Á la cabeza del salón, y enfrente
De do bailaba la entusiasta gente,
Feliciano y Basilio se reunieron;
Contentos lo pasado comentaron,
Á su presente referencia hicieron,
Y del futuro sin temor hablaron.

Evangelina estaba enajenada:
Viejas memorias de la edad pasada
En su interior surgieron; ella oía
De la mar los rumores; la tristeza
Poco á poco su espíritu invadía....
Y al jardin deslizóse con presteza.

Bella estaba la noche. Tras el muro,
Que de lejos fingiera el bosque obscuro,
Se elevaba la luna, y sobre el río
Caían de las ramas sus fulgores,
Como sobre un espíritu sombrío
Pensamientos dulcísimos de amores.

Las flores todas del jardín abiertas
Alzaban sus perfumes, como inciertas
Calladas oraciones, imitando
Al cartujo que, triste y pesaroso,
De la noche la calma aprovechando,
Eleva sus plegarias silencioso.

Y más lleno de esencias y de olores
Que las variadas y preciosas flores
Que de la luz el invisible beso
Sobre los campos, mágico, entreabría,
Cual por la sombra de la noche opreso,
De Evangelina el corazón se abría.

La calma de la noche, de los campos
La soledad tristísima, y los lampos
De la luna, fantásticos huyendo,
De pena cruel su corazón llenaban,
Y en tanto, á la ventura discurriendo,
Sus pasos hacia el bosque la llevaban.

Todo estaba callado y silencioso;
Con un brillo de plata esplendoroso,
Fosforescentes por doquiera huian
Á ocultarse en lo espeso del ramaje,
Las luciérnagas bellas, que fingían
Un cielo entre las sombras del follaje.

Como de Dios las refulgentes huellas,
Brillaban en el cielo las estrellas,
Recordando al que ciego lo olvidara,
Á no ser que á su vista apareciese,
Raudo cometa que el zenit cruzara
Y «mortal, no me olvides,» escribiese,

Que lo que en lo alto por la noche brilla,
Es de ese Dios la increada maravilla.
Evangelina, en tanto, por el prado,
Triste, llorosa y abatida erraba,
Y evocando las sombras de su amado,
Así, y en alta voz se lamentaba:

—«¡Oh, mi caro Gabriel, amado mío!
Si tanto verte delirante ansío,
¿Cómo no me fué dado contemplarte?
Si tú tan cerca de mi lado huiste,
¿Cómo no me fué dado el escucharte,
Y, más feliz que yo, tú no me viste?»

«¡Cuántas veces habrán tus pies hollado
Aquella senda del florido prado!
¡Y cuántas veces con mirada ansiosa
Habrás tú contemplado este paisaje
Y aquella selva virgen, prodigiosa,
Que luce tan espléndido follaje!»

«¡Y cuántas veces de este roble abajo,
Regresando en la tarde del trabajo,
Te habrás sentado á solas, en el sueño
El descanso buscando á tu fatiga!....
¡Y cuántas veces en tu grato ensueño
No habrás soñado con tu tierna amiga!»

«¿Cuándo podrán mis ojos contemplarte?
¿Cuándo podrán mis brazos estrecharte?»—
Mas entonces, de súbito escuchóse
De un pájaro la voz, que resonando
Como flauta, en los bosques alejóse,
Sus ecos en las selvas dilatando.

Desde las selvas, del jardín vecinas,
«*Paciencia,*» murmuraron las encinas
Al agitar con incesante giro
Sus ramas en las sombras, y lejana
Se oyó una voz, cual lánguido suspiro,
Que en las praderas respondió: «*mañana!*»

Bello elevóse el sol al otro día.
Las flores todas que el jardín tenía
Sacudían su cáliz oloroso,
El suelo con su llanto humedeciendo,
Y esparcían aroma delicioso,
Sus bellas urnas de cristal abriendo.

—«Adiós—le dijo el cura, contra el muro
Triste apoyado del portal obscuro;
Volvedme al hijo pródigo; su huella
Constantes proseguid hasta encontrarle,
Y volvedme con él á la doncella
Que se durmiera cuando pudo hablarle.»

—«¡Adiós!»— dijo la niña sonriendo,
Con Basilio á la playa descendiendo,
Donde ya dentro el bote, preparados
Los remeros alegres aguardaban,
Y con sus largos remos empuñados,
Listos y prontos á marchar estaban.

Así empezando el viaje en la mañana,
De un sol brillante ante la luz temprana,
De Gabriel prosiguieron el camino,
Todos alegres, mas con rumbo incierto,
Llevados á merced de su destino,
Cual las hojas que cruzan el desierto.

Ni aquel día, ni el otro, ni el siguiente,
Huella ninguna de él halló la gente;
Y uno tras otro fatigoso día
Por un país tristísimo marcharon,
Solamente teniendo como guía
Los rumores inciertos que escucharon;

Hasta que al fin, llegando á una posada
De la aldea de Adayes, habitada
Por española gente, el propietario,
Que á Gabriel en el pueblo conocía,
Díjoles que, con otros, temerario,
Un día antes, Gabriel partido había.

IV

Del oeste en el límite lejano
Hay una tierra, do el invierno cano
Tiene siempre su asiento, y circundadas
De sus coronas de perpetuo hielo,
Las montañas abruptas y afiladas
Se elevan lumimosas hasta el cielo.

Por las faldas riscosas, convertidas
En profundas barrancas y caídas
Donde los carros en pasar se empeñan,
Los pobres emigrantes, afanosos,
Un poco hacia el oeste, se despeñan
El Owyhee y el Oregón undosos.

Y más hacia el oriente, atravesando
Del Windriver los montes, y pasando
Con curso vario su fugaz corriente
Por el Valle risueño, que se llama
Valle del Agua dulce, cual torrente
Caudaloso el Nebraska se derrama.

Y por el sur, de las hispanas Sierras,
Hasta *Fontaine-qui-bout*, rocas y tierras
Desgastando al caer, al mar descienden
Innúmeras cascadas rumorosas.
Vibran sus sones cuando el aire hienden,
Cual de una arpa las cuerdas sonorosas.

Por aquellas corrientes circuidas
Vénse bellas praderas, do crecidas
Las yerbas, verdes como el mar, se mecen
Coronadas de rosas y amapolas
Que, iluminadas por el sol, parecen
Como irizada espuma de las olas.

Sobre ellas vagan, por doquier errantes,
Los rebaños de búfalos, distantes
Vénse corzos y ciervos, á porfía
Andan lobos temibles, y escapando,
Con violencia que al viento desafía,
Van caballos salvajes relinchando.

También vagan allí, mas dispersados,
Los hijos de Ismael, cual desterrados,
Regando con su sangre los desiertos;
Y por sus campos que asoló la guerra
Las alas agitando, entre los muertos,
El buitre vaga, que al guerrero aterra.

Él es, como el espíritu indomable
De algún jefe enemigo, que implacable
Fué muerto en la batalla, cuando hiende
El aire vago con extraños vuelos
Y se remonta alígero y asciende
Por invisible escala hasta los cielos.

Por aquí y acullá, del campamento
De esos merodeadores, manso el viento
Columnas de humo hacia el zenit levanta,
Y aquí y allí, por la extensión verdea
Fresco arbolado, que la vista encanta
Y que los ríos, lóbrego, sombrea.

Y el oso taciturno, anacoreta
Que en los desiertos hórrido, vegeta,
Á los barrancos tenebrosos baja
Para ir á ahondar los formidables hoyos
Que hace en el árbol, cuando el tronco raja
Cabe alegres y poéticos arroyos,

Y sobre todo, el esplendente cielo
Como un ángel de paz y de consuelo
Abiertas tiende las azules alas,
Que es cual la mano que el Señor extiende,
Desde las altas y cerúleas salas,
Y con la cual á la virtud defiende.

En esa rica y prodigiosa tierra,
Y al pie de la Ozark, altiva Sierra,
Internóse Gabriel; y muchos días
Fueron siguiendo su errabunda huella,
Á los indios tomando como guías,
El anciano Basilio y la doncella.

Ellos á veces, á distancia vieron,
Ó ilusionados contemplar creyeron,
En el llano apartado, en la mañana,
Alzarse de humo blanquecino toldo,
Y al llegar en la noche, ¡sombra vana!
Sólo hallaban cenizas y rescoldo.

Y así agobiado el corazón, rendidos
De cansancio los cuerpos, y abatidos,
La esperanza sirvióles como guía,
Como aquel espejismo que semeja
Lago de luz, al despuntar el día,
Y el cual, si vámoslo á alcanzar, se aleja.

Por la tarde, una vez en que callados
Estaban junto al fuego, bien hallados,
Con pasos silenciosos, una bella
Muger india llegó. En su semblante
Se hallaba impresa del dolor la huella
Y de un dolor al parecer constante.

Era una shawnee que á su hogar volvía
De la tierra do inmensa cacería
Hace el feroz comanche; su marido,
Humilde guàrda-bosque desgraciado,
Fué por ellos de noche sorprendido
Y por ellos después asesinado.

Al escuchar su historia, la acogieron
Con muestras de amistad, y le sirvieron,
Dándole bienvenida afectuosa,
De su sencilla y su frugal comida,
Que era carne de búfalo sabrosa
De aquellas brasas al calor cocida.

Después que la comida terminaron
Y Basilio y los guías se acostaron
Á descansar de la labor del día,
De la caza del ciervo y del bisonte,
Junto á la llama que oscilante ardía,
Envueltas en sus sábanas de monte,

Se sentaron las dos junto á la puerta
De aquella tienda de campaña abierta.
La shawnee, poco á poco refirióle,
Con el encanto de su indiano acento,
Toda la historia de su amor, y hablóle
De sus dichas y amargo sufrimiento.

Lloró la pobre Evangelina á mares,
Al conocer de otra alma los pesares,
De quien de amor, como ella, se dolía;
Y así movida á compasión, gozaba
Al saber que otra mártir que sufría
Allí, muy cerca de su lado estaba.

Á su vez, refirióle Evangelina
De su pasión la historia peregrina.
La shawnee enmudeció; que el sufrimiento
En su rostro pintábase y la duda;
Mas al concluir Evangelina el cuento
Estaba aún, como al principio, muda.

Tras un largo silencio embarazoso,
Cual si un horror terrible y misterioso
De su alma, á su pesar, se apoderara,
La humilde shawnee, con acento breve
También pudo contar la historia rara
De Mowis, el que fué novio de nieve.

Fué Mowis un galán, á quien rendida
Una doncella amó toda su vida;
Una noche por fin con él casóse,
Y de su boda en la primer mañana,
De la choza humildísima alejóse
Raudo y aéreo como sombra vana,

Hasta perderse en el remoto cielo,
Por el sol derretido como el hielo.
En vano fué que la infeliz doncella
Quisiese verlo más, y enamorada.
Doquier siguiese su errabunda huella.....
Vióse siempre por él abandonada.

Con esa voz, entonces, lastimera,
Con que hablando seduce la hechicera,
Ella contó de Lilinau el cuento
Á quien amara un duende irresistible.
Cual de la tarde, ráfaga de viento
Que se queja en los bosques, apacible,

Á través de los pinos seculares
Él le habló de su amor y sus pesares
Á la hora del crepúsculo, y llegaba
La voz hasta su oído, tan quejosa,
Que lamento de una arpa semejaba
Arrancado por mano misteriosa.

Al fin, amante, el esperado día,
Ella, en su busca, hasta la selva umbría
Fué persiguiendo su marcada huella....
Y ya jamás volvió, ni fué mirada
Otra vez en su pueblo la doncella
De aquel vano fantasma enamorada.

«Presa de asombro, silenciosa y llena
Del temor que á las almas enajena,
Evangelina la historieta oía;
Y al escuchar su voz conmovedora,
Encantado su hogar le parecía
Y juzgaba á la shawnee encantadora.

Tras de la cumbre, entonces, de los montes
La luna se elevó, los horizontes
Bañando con su luz, é iluminando
La humilde tienda con fulgor dudoso
Y las selvas distantes abrazando
Con un cincho plateado y luminoso.

El arroyo saltando murmuraba,
Y entre las guijas raudo se alejaba,
Y el ramaje del bosque amarillento
Sobre ellos extendido, parecía
Muy quedo suspirar, y su lamento
Triste, muy triste, resonar se oía.

Un secreto y tenaz presentimiento,
De terror infinito, en un momento
El corazón llenó de Evangelina,
Cual la fría serpiente que se enreda
En el nido de alegre golondrina
Y en él vertiendo su veneno queda.

Aliento de regiones apartadas,
Por duendes y por trasgos habitadas,
Resbalar en el aire parecía....
Y Evangelina se creyó un momento
Trocada en la doncella que seguía
Un fantasma, ligero como el viento.

Entonces, afligida y temerosa,
Inclinó la cabeza pesarosa
Y se durmió tranquila; sus temores
En el sueño feliz se disiparon,
Y los fantasmas cándidos de amores,
Ante la luz del sol se dispersaron.

Amaneciendo apenas, la jornada
Comenzaron de nuevo, y ya avanzada,
Así dijo la shawnee: Al occidente,
De aquella alta montaña en el declive,
Existe una Misión; cristiana gente,
Allí al amparo de su jefe vive.

Á aquel pueblo le instruye noble cura,
Que es muy bueno y muy santo se asegura;
Siempre habla de Jesús y de María
Á todos los cristianos, y al oirle,
El corazón se llena de alegría
Y ganas dan de amarle y bendecirle.

—Vamos á la Misión, repuso al punto
Alegre Evangelina; yo barrunto
Que allí nuevas muy buenas nos esperan;
Y así diciendo, todos se volvieron
De la cumbre que juntos ascendieran,
Y á la Misión sus pasos dirigieron.

Cuando el sol á su ocaso descendía,
Oyeron un murmullo que partía
Detrás de la montaña, y en los llanos,
Al lado de las márgenes del río,
Vieron las tiendas mil de los cristianos,
De la Misión Jesuita el caserío.

Bajo un roble frondoso que se alzaba
En medio de la aldea, se encontraba
El cura con los fieles de rodillas;
Y un Crucifijo enfrente, sombreado
Por vides y silvestres campanillas,
Se hallaba sobre el tronco colocado.

Aquel era su templo; sonorosas,
Bajo de aquellas bóvedas hojosas,
Se alzaban sus plegarias y oraciones,
Mezclando y confundiendo, entre el follaje
Sus notas argentinas, con los sones
Que el viento preludiaba en el ramaje.

Descubiertos, callados, placenteros
Fuéronse aproximando los viajeros
Á do rezando los demás estaban;
Y doblada en el suelo la rodilla,
Unieron su plegaria á los que oraban
Con devoción en la rural capilla.

De la tarde al concluir las oraciones
El cura derramó sus bendiciones
Cual rico sembrador que sobre el suelo
Derramara á puñados la simiente;
Y de útil ser en su incesante anhelo
Fué adonde estaba la extranjera gente.

Después de saludarles, y escuchando
Cuando estaba con ellos conversando
Su propio idioma, por la vez primera
En aquellas regiones, generoso
Ofreciôles su choza, y lisonjera
Acogida brindóles bondadoso.

Sobre esteras y pieles se sentaron,
Sabrosas tortas de maíz tomaron,
Y su sed muy ufanos extinguieron
De aquel noble jesuita en la cisterna....
Pronto su triste historia refirieron,
Y el sacerdote, con su voz más tierna

Y solemne, les dijo: Hace seis días
Que junto á mí, sentado con sus guías,
Donde está Evangelina, me contaba
Gabriel la misma historia; levantóse,
Me dijo él que la casa abandonaba
Y al desierto de nuevo dirigióse.

Su discurso fué tierno, pero breve;
Mas, cual los blancos copos de la nieve
Que en el invierno caen en el nido
De do las aves tímidas huyeron,
De la niña en el pecho enternecido
Sus palabras tristísimas cayeron.

Él marchóse hacia el norte, dijo el cura;
Mas á mí su palabra me asegura
Que, pasado el otoño, y recogida
La caza del invierno, presuroso
Volverá á la Misión.—Y conmovida,
Con acento sumiso y cariñoso,

—«Yo quisiera, contestó Evangelina,
Quedarme aquí.» «Mi voluntad se inclina
Ante la tuya,» replicó el anciano.
Con sus amigos, al siguiente día,
Montado en su caballo mexicano,
El buen Basilio hacia su hogar volvía.

Lentamente los días transcurrieron;
Semanas, meses, rápidos huyeron,
Y la vasta llanura, que se hallaba
Cuando ella vino á la Misión, verdeando,
Porque el maíz apenas se sembraba,
Estaba por doquier amarilleando;

Y la espiga dorada, que altanera
El suave tumbo de la mar fingiera,
Y las verdes mazorcas, ofrecían
Pasto abundante al cuervo aventurero,
Y á las ardillas que los campos crían,
Relleno y colmadísimo granero.

Las niñas las mazorcas desgranaban,
Y, llenas de rubor, se sonrojaban
Al ver la espiga como sangre roja,
Porque ese era el pronóstico cercano
De que novio hallaría, quien la hoja
Abriese la primera con la mano.

Sin embargo, jamás ningún amante
Ofrecióle la espiga á la constante
Y fiel Evangelina.—«Ten paciencia,
El sacerdote humilde le decía,
Y no pierdas la fe de tu creencia;
Espera en Dios y en la oración confía.»

«Ve en la pradera la sencilla planta
Que erguida entre las otras se levanta;
Ve sus hojas al norte dirigidas,
Cual si fueran magnetas; el sendero,
Por la mano de Dios, allí esparcidas,
En su marcha señalan al viajero.»

«La fe es como ellas; del amor las flores
Tienen más brillantez y más olores;
Pero engaña su aroma; solamente
Puede esa planta en nuestra vida guiarnos,
Y con flores de asfódelo la frente
De nuestro triunfo en premio coronarnos.»

Así llegó el otoño; así el invierno
Vino después con su furor eterno;
Mas Gabriel no llegaba todavía;
El piti-rojo entre el breñal cantaba,
La primavera flores esparcía
Y del monte, Gabriel no regresaba.

Un rumor, sobre el ala de los vientos,
Más dulce que de un ave los acentos,
Alcanzó á Evangelina; le decía
Que en las riberas del Sagínaw río,
Lejos, en Michigan, Gabriel vivía
Lleno de tedio y de incurable hastío.

Ál instante, con guías que tornaban
Y en caravana, á la sazón buscaban
De San Lorenzo los extensos lagos,
Diciendo un triste «adiós,» Evangelina,
Güiada sólo por rumores vagos,
Al desierto sus pasos encamina.

Cuando tras largos y penosos viajes,
Deteniéndose en lúgubres parajes,
Alcanzó el Michigan, en la pradera
Halló en ruina y desierta la cabaña
Del cazador errante, que partiera
Ya tal vez para siempre á la montaña.

Así sus largos y penosos años
Deslizándose fueron, y en extraños,
Apartados y lúgubres lugares,
Siempre siguiendo fugitiva huella,
Miróse devorando sus pesares
Á la errabunda é infeliz doncella.

Ya por las tiendas que plantara un día
La Morava Misión se la veía;
Ya vagando en los campos de pelea
Do lucharon las huestes impetuosas,
Ora en humilde y apartada aldea,
Ya en ciudades y villas populosas,

Como un fantasma por doquier pasaba.
Joven y hermosa Evangelina estaba
Al emprender su viaje á la ventura,
En busca de Gabriel; y maltratada
Por los años, perdida la hermosura,
Encontrábase al fin de la jornada.

Implacable cada año le robaba
Cuando, lento, su vida fatigaba,
Una hoja á la flor de su belleza,
Dejando sólo tras de sí, amargura,
Cansancio, sombra, languidez, tristeza,
Tedio y pesar, dolor y desventura.

Entonces en su frente aparecieron
Las huellas que los años imprimieron,
Anunciando los surcos de la frente
La aurora luminosa de otra vida,
Como esa faja blanca y encendida
Que anuncia al sol en el dorado oriente.

V

En la tierra que baña alegremente
Del Delaware la fugaz corriente,
Donde bajo su sombra el bosque hojoso
Guarda el nombre de Penn, y en la ribera
Del río pintoresco y caudaloso,
Se mira la ciudad que estableciera.

Es su ambiente balsámico, en sus valles
Luce bello el durazno, y en sus calles,
Para ir apaciguando á las Driadas,
Cuyas verdes mansiones se invadieron,
Los nombres de las plantas arrancadas
De sus bosque espesos, se escribieron.

Llegó ahí Evangelina desterrada,
Nueva patria encontrando á su llegada,
De Penn entre los hijos. Solitario,
Leblanc ahí viejo fallecido había;
Del centenar de nietos del notario,
Al morir, uno sólo le vivía.

Algo en las calles de amistoso hallaba,
Algo á su tierno corazón le hablaba,
Y le hizo comprender que ella, extranjera,
No largo tiempo en la ciudad sería;
Y el tuteo del cuákero que oyera,
Á sus oídos grato parecía.

Porque él le recordaba su pasado,
Y la niñez que de su padre al lado
Vió correr entre dichas y placeres,
El corazón y la conciencia ufanos,
Como hermanas llamando á las mujeres
Y á los hombres tratando como hermanos.

Y así ya sus fatigas acabadas,
Del todo sus pesquisas terminadas,
Ya no pensaba en renovar su viaje.
Cual hojas á la luz, sus pensamientos
Y sus pasos volviéronse al paraje
Donde halló Filadelfia sus cimientos.

Cual desde excelso monte, al desgarrarse
La niebla en la mañana y dispersarse,
Vemos bajo nosotros, á lo lejos,
Bellos paisajes, trasparentes ríos,
Esmaltados del sol por los reflejos,
Y ciudades y blancos caseríos,

Así al huir la niebla de su mente,
El mundo todo contempló riente
Por la luz del amor iluminado;
Y hermoso á la distancia vió el camino
Antes penosamente atravesado
Al cumplir resignada su destino.

Y á Gabriel no olvidó; su imagen pura
Encerró dentro el pecho, de ternura
Y de amor infinito rodeada,
Como ella vióle en el postrero día;
Pero aun más bella á su alma enamorada
La imagen por la ausencia parecía.

Para que ella el recuerdo conservara,
No fué obstáculo el tiempo, ni lograra
Tanto el poder al tiempo reservado;
Su recuerdo para ella, eternamente,
Fué el de un ser por la muerte arrebatado,
No el de un amante de su lado ausente.

Y ese amor, que se torna más profundo
Cuanto más imposible es en el mundo,
Porque de objeto al parecer carece,
El sacrificio propio le enseñaba
Que á las almas amantes enaltece,
Y amar á los demás le aconsejaba.

Aquel amor que concentrado había
Dentro su corazón, se parecía
Al olor de esas frutas perfumadas
Que nunca, aunque se aspire, se consume,
Y que tiene á las frutas impregnadas,
Aun cuando llene el aire su perfume.

Ni una vana esperanza, ni un deseo,
Ni un juvenil y extraño devaneo
Fueron una inquietud para su vida;
Pues sólo ansiaba que su buena estrella
Seguir le permitiese agradecida,
De su Divino Salvador la huella.

Largos años vivió de Mercenaria,
Y todos la miraron, solitaria,
Recorriendo los barrios apartados
Do el hambre y la miseria se escondían,
Donde en sucio desván, abandonados,
Infelices enfermos perecían.

Una noche tras otra, cuando el mundo
Reposaba en el sueño, y errabundo
Repetía el sereno á cada hora
Que todo bien en la ciudad estaba,
En lo alto, en las ventanas, brilladora,
De su cirio la llama contemplaba.

Y uno tras otro día, en la mañana,
En el barrio, á la alegre caravana
De humildes labradores, que anhelante
Sus flores y sus frutas conducía
Á la ciudad, el pálido semblante
De aquella Mercenaria sorprendía.

Entonces sucedió que horrible peste,
Mandada por la cólera celeste,
En la ciudad cayera, presagiada
Por bandadas de pájaros, que huyendo,
De no encontrar para sustento nada,
Iban del sol el disco obscureciendo.

Tal como suele, al acercarse Octubre,
Alzarse el mar, que con sus olas cubre
Y en un lago transforma la pradera,
Así la muerte levantóse airada,
Y la vida, que en vano resistiera,
Quedó bajo sus ondas sepultada.

Para domar la muerte, la riqueza
Ya no tuvo poder, y la belleza,
Para poder, segura, seducirla,
De encantos careció; porque implacable,
Á nadie le fué dado resistirla,
Ora fuese opulento ó miserable.

Mas ¡ay! los infelices que veían
Mudo el mundo á sus pies, y carecían
De parientes y amigos, que angustiados
Se hallasen en su humilde cabecera,
Íbanse al hospital, desamparados,
Porque él la casa de los pobres era.

El hospital en el suburbio estaba,
La pradera gentil le circundaba;
Hoy la ciudad á su alredor se tiende;
Empero, allí se escucha todavía,
En medio al lujo que doquier se extiende,
La palabra de Dios, que les decía:

«*Siempre los pobres estarán contigo.*»
En ese hogar del pobre y del mendigo,
Luchando sin cesar, la Mercenaria,
Una noche tras otra fatigosa,
Fué vista por las salas, solitaria
Cuidar de los enfermos, cariñosa.

Cuando su faz sobre el humilde lecho
Miraba el moribundo, satisfecho
Juzgaba contemplar en su delirio,
Su frente coronada de fulgores,
Con aquella aureola del martirio
Que á la Virgen le ponen los pintores;

Y en sus ojos mirar les parecía
La llama pura que brillante ardía
Del Dios de amor en la mansión celeste,
Por cuyas puertas, siempre iluminadas,
Sus almas, arrojadas por la peste,
Iban á entrar, del cuerpo desligadas.

La mañana de un sábado, pasando
Á través de las calles, caminando
Con pasos lentos, alcanzó la puerta
Del humilde hospital. ¡Cuán oloroso
Respirábase el aire que en la huerta
Y en el jardín vagaba silencioso!

Detúvose de pronto, y bondadosa
Fué al jardín á cortar la más hermosa
Entre todas las flores que veía,
La que á algún pobre enfermo le ofreciera
Un momento á lo menos de alegría
Cuando su cáliz perfumado oliera.

Subió luego á los altos corredores,
Y allí, de las campanas los clamores
Que en la iglesia de Cristo resonaban,
Dulces, vibrantes, escuchó, mezclados
Con los himnos y salmos que cantaban
Los Suecos en Wicaco, arrodillados.

De aquellas horas la tranquila calma,
Cual las alas de un ave, sobre su alma
Apacible cayó, y en ese instante
Algo á su propio espíritu decía:
«Se acabaron las penas del amante,
Llegó la hora fatal de la agonía.»

Entonces, luminosa la mirada,
Con el alma en los ojos retratada,
En las salas entró. Allí afanosa
Multitud de enfermeros, obediente,
Se miraba doquier; ya cariñosa
Humedeciendo la abrasada frente

De los pobres enfermos, ya mojando
Sus labios siempre secos, ya cerrando
Sus ojos sin miradas y sin vida,
Ya cubriendo sus rostros, ú oraciones,
Rezando fervorosa y conmovida,
Para alentar sus tiernos corazones.

Muchos de los enfermos, de sus lechos
Alzaron la cabeza satisfechos
Para ver un momento á Evangelina,
Que era en el hospital su imagen pura
Del sol ardiente rayo que ilumina
De estrecha cárcel la pared obscura.

Ella, mirando alrededor, veía
Cómo la muerte con su mano había
Corazones innúmeros helado.
¡Cuántos habían por la noche muerto!
¡Cuántos habían por la noche entrado!
¡Cuánto lecho encontrábase desierto!

De repente, detúvose aterrada
Por el asombro y el temor pasmada;
Las flores de sus manos resbalaron,
Y abierto el labio, pálida, sombría,
Los lechos vió que á su alredor giraron,
Sintió que el suelo de sus pies huia!

En su garganta un nudo desgarróse,
Y de su labio entonces escapóse
Grito de angustia y de dolor profundo,
Que al resonar sobre el humilde techo,
Hizo que el desgraciado moribundo
Entreabriese los ojos en su lecho.

Frente de ella, extendido en su camilla,
Mirábase un anciano; la mejilla
En la mano apoyada, blancos rizos
Sus sienes palpitantes sombreaban,
Y del rostro aumentando los hechizos
Que juvenil belleza recordaban,

La luz que hasta su lecho descendiera,
Irradiaba en su blanca cabellera.
Más joven por momentos parecía,
Más hermoso se hallaba á cada instante,
Que así del moribundo en la agonía
Trueca la muerte plácido el semblante.

Tristes miraban lánguidos los ojos,
Estaban secos, por la fiebre rojos
Sus labios al morir, cual si la vida,
Á usanza del Hebreo, los regara
Con sangre del cordero prometida,
Para hacer que la muerte se ahuyentara.

Y así ya aletargado, sin sentido,
Sobre su lecho, pálido, extendido,
Por la agonía y el dolor inerte,
Íbase sepultando entre la sombra
De esa mansión terrible de la muerte
Que siempre el alma con espanto nombra.

Entonces en su oído resonaron,
Aunque apenas muy débiles llegaron,
De aquel grito de angustia los clamores,
Y oyó una voz muy dulce que decía:
«¡Oh, Gabriel! ¡Oh, el amor de mis amores!»
Y luego en el silencio se perdía.

Entonces, como un sueño, la memoria
Una vez más le recordó su historia:
Volvió á mirar de nuevo la montaña
Que en su niñez tranquilo recorriera,
Vió plantada en la cumbre su cabaña,
El verde campo y la gentil pradera;

Y contempló la Acadia en sus ensueños,
Y en sus valles hermosos y risueños
Miró de nuevo su feliz aldea
Por ríos sonorosos circundada,
Y del furor del viento y la marea
Por los montes y diques resguardada.

Y así, volviendo á sus primeros días,
Saboreando sus castas alegrías,
Creyó mirar á Evangelina, llena
De inmenso amor, de dicha y hermosura,
Como en las horas de su infancia, buena;
Como en sus sueños amorosos, pura.

Á sus ojos las lágrimas brotaron;
Mas después, al abrirlos, contemplaron
Deshecha su ilusión, como neblina
Por el sol del verano disipada;
Pero en cambio, á su lado Evangelina
Estaba cariñosa arrodillada.

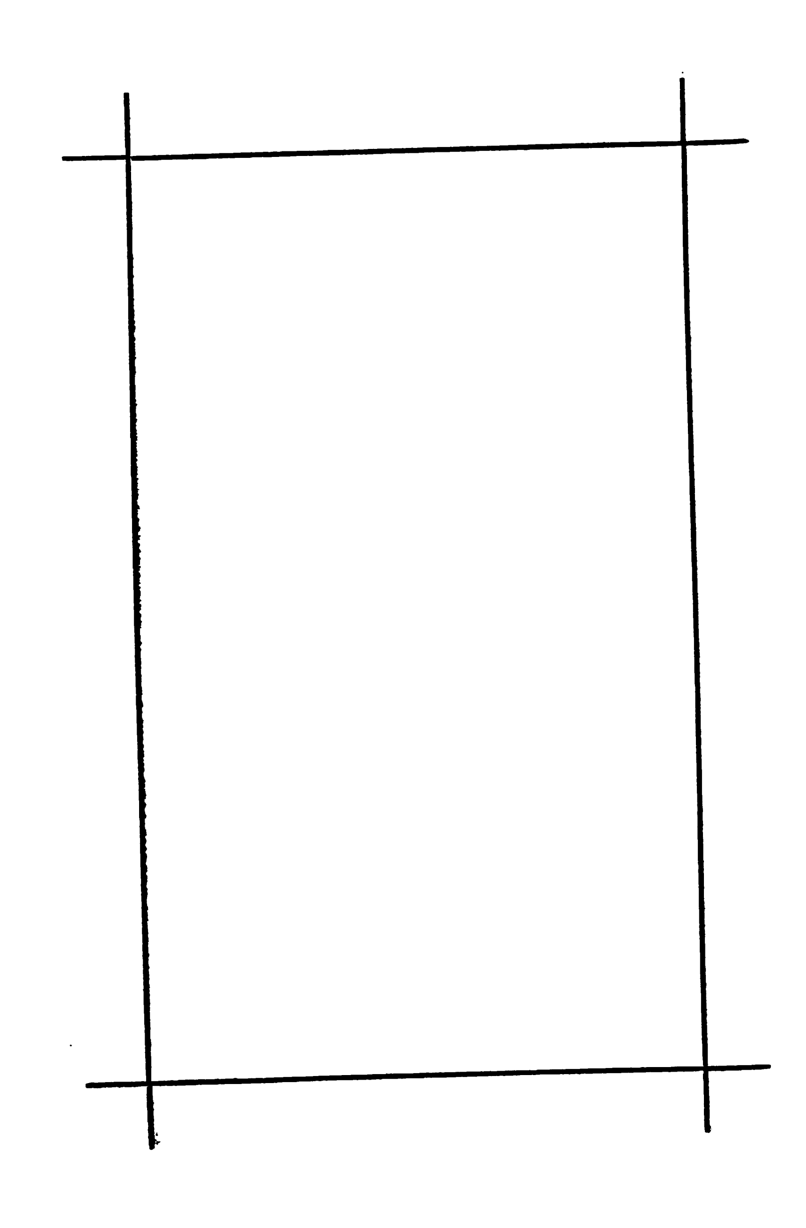
Inútil fuera el pertinaz intento
De pronunciar su nombre, que su acento
Sobre sus labios rígidos moría;
La lengua apenas con trabajo alzaba,
Pero ella sola revelar podía
Que un dulce nombre pronunciar ansiaba.

En vano quiso alzarse de su lecho....
Entonces ella reclinó en su pecho
Su moribunda y lánguida cabeza,
Besó sus labios y esperó tranquila,
En la actitud de quien callada reza,
Que la luz se apagase en su pupila.

Al fin, entre sus brazos, de repente
Sintió caer la desmayada frente;
Y aquella vida se apagó, cual llama
De lámpara que en lóbrego aposento
Un indeciso resplandor derrama
Y presto apaga con su soplo el viento.

Todo concluyó entonces: los pesares,
La esperanza, el temor y los azares
De su existencia en el dolor sumida;
La inextinguible sed de quien espera,
El tedio y el cansancio de la vida,
La inquietud del que amando desespera.

Entonces, recostada sobre el lecho,
Oprimiendo de nuevo contra el pecho
Su cabeza sin vida, doblegóse
Sobre su cuerpo inanimado y frío,
Y esta plegaria resonar oyóse:
«¡Gracias, gracias al fin, gracias, Dios mío!»



EPÍLOGO

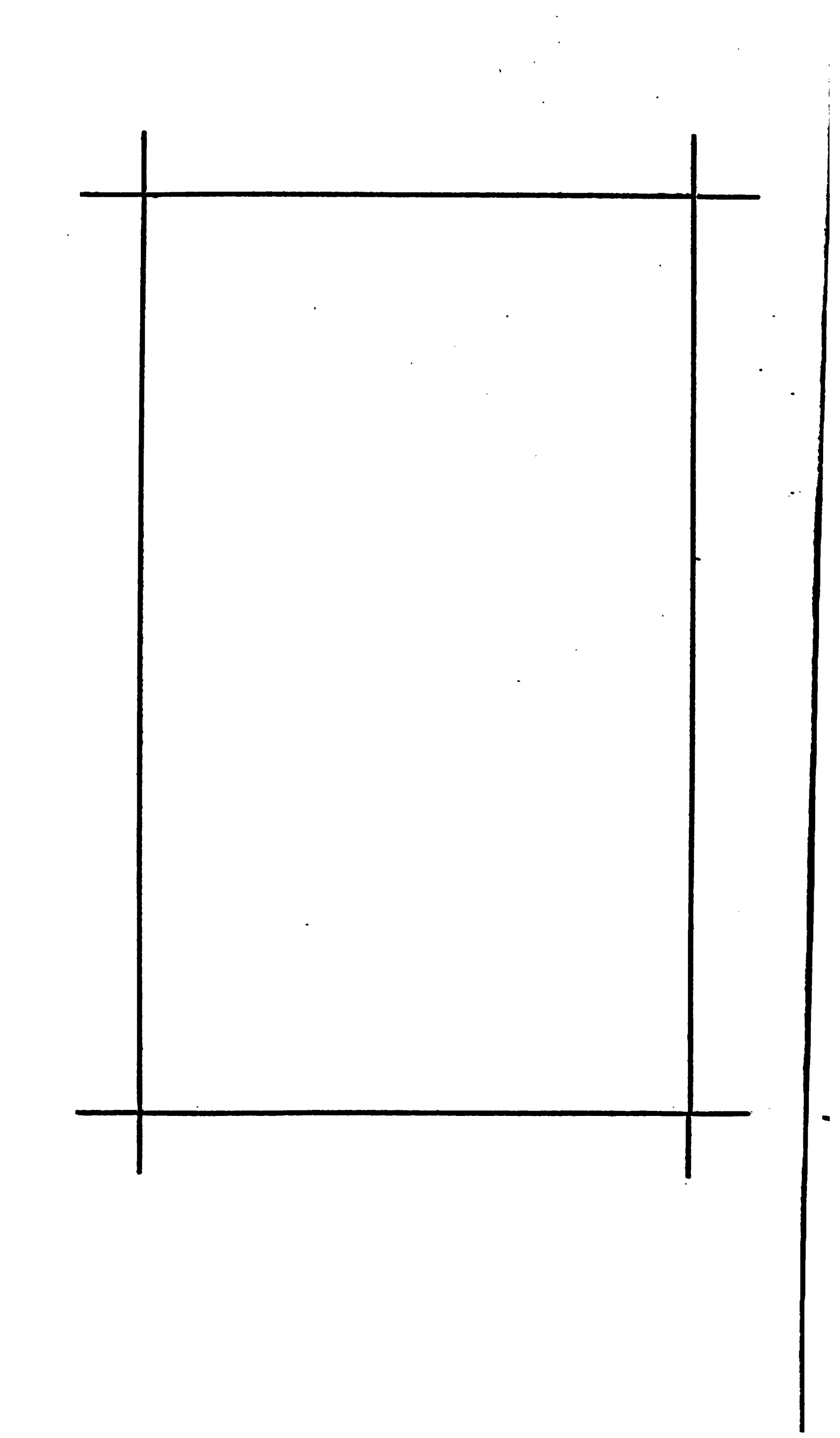
Allí está aún la selva primitiva.
De su sombra distantes,
Durmiendo están, el uno junto al otro,
En sus tumbas sin nombre, los amantes.
De católico templo bajo el muro,
En medio á la ciudad, desconocidos
É ignorados reposan.
De la vida las olas, diariamente,
Á su alredor se elevan y se agitan:
Amantes corazones á millares
Donde ahora los suyos no palpitan,
Millares de cerebros afanosos
Do por siempre los suyos descansaron,
Miles de ágiles manos que trabajan
Do su labor las de ellos acabaron,
Y millares de pies en movimiento
Do los suyos el viaje terminaron.

Allí está aún la selva primitiva.
Mas debajo la sombra de sus ramas
Habita raza nueva,
Con idioma y costumbres diferentes.
Hoy viven del Atlántico en las playas
Algunos acadienses labradores,
Cuyos padres tornaron del exilio
Para morir en la nativa tierra.
Del pescador humilde en la cabaña
La rueca y el telar trabajan siempre,
Y allí sus capas y normandos gorros
Aun tejen las doncellas,
Repitiendo en las noches, junto al fuego,
De Evangelina mísera, la historia.
Entretanto habla el mar con su rugido
Desde su antro de rocas, sonoroso,
Y con lánguido acento, quejumbroso,
De la selva respóndele el gemido.





ÍNDICE



FE DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
—	—	—	—
17	19	1851	1651
58	3	allí al	allí el
108	22	ajenos	ajenas
109	23	del humo	de humo
111	19	Sobre playa	Sobre la playa
134	17	el	al
144	7	Atchafataya	Atchafalaya
164	1	«Presa	Presa

Este libro se acabó de imprimir
en México, en casa de
I. Escalante y Riesgo
el 4 de Octubre
del año de
1901.